LA NOVELA CORTA

10 cts

RODANDO

por

La Condesa de Pardo Bazán

Año V
N.º 253

LA NOVELA CORTA

Madrid
Obre. 1920

DIRECTOR: JOSÈ DE URQUIA

ADMINISTRACION: MADRID.— CALVO ASENSIO, 3.—TELÉFONO J-624.—APARTADO 498

La Novela Teatral rendirá un homenaje a la memoria de

DON JOSÉ ZORRILLA

publicando

LA HISTORIA DEL D. JUAN TENORIO

que entre otros interesantísimos capítulos comprende los siguientes:

... Cómo, cuándo, porqué y en cuánto tiempo escribió Zorrilla su «Don Juan Tenorio».—Zorrilla vende la propiedad de su drama al editor Delgado.—Zorrilla empieza a arrepentirse de la venta y trata de restar méritos al drama.—Proyecto de un segundo «Tenorio».—Los mejores intérpretes de *Don Juan:* Latorre, Delgado, Valero, Mata, Calvo, Vico, González, Cepillo, Díaz de Mendoza, Thuillier, Morano, Borrás...—Las mejores intérpretes de *Doña Inés:* Teodora Lamadrid, Matilde Díez, Josefa Palma, Elisa Bordín, Elisa Mendoza, Luisa G. Calderón, María A. Tubau, María Guerrero, Rosario Pino, Carmen Cobeña, Matilde Moreno, Catalina Bárcena, Margarita Xirgu...-Las principales intérpretes de la *Brígida:* Matilde Tabela, Clotilde Lombía, Balbina Valverde, María Cancio, Irene Alba...—Los mejores intérpretes del *Comendador:* Pedro Sobrado, Joaquín Arjona, José Calvo, Donato Jiménez, Leovigildo Ruiz Tatay...—Los mejores intérpretes de *Mejía:* Lumbreros, Lombía, Dardalla, Ricardo Calvo, Agapito Cuevas.—Los mejores intérpretes de *Ciutti:* Vicente Caltañazor, Antonio Guzmán, Antonio Pizarroso, Mariano Fernández, Manuel Díaz, Emilio Mesejo, Alberto Romea.—Otras noticias del Tenorio. — Lo que lleva producido. — Causas de su decadencia actual.---Don Juan Tenorio después de Zorrilla. --- Continuaciones, glosas, parodias y demás excesos literarios.---Anécdotas del Tenorio.

APARECERÁ EL DIA 1.º DE NOVIEMBRE

30 cts

RODANDO

NOVELA INÉDITA

La Condesa de Pardo Bazán

I

Habiéndose tropezado ante la suntuosa tienda, se dieron al codo, y cabía un mundo de sugestiones en aquel codazo confidencial. Ofreciéronse el pitillo, «de contrabando», y fueron a sentarse en un banco del paseo, solitario a tal hora. La tienda les dió pie para el charloteo.

No podían llamarse un par de amigos del alma, pero a veces hallaban agrado en sus coloquios, en discutir, en sacar cien veces la misma conversación. El de más edad, don Ramón Trasvalle, vivía enquistado en las oficinas de Hacienda, y con lentitud de caracol iba logrando un modesto avance en su carrera oscura; el joven, (relativamente) Nazario del Camino, director de *El Puerto,* diario camaleón, tampoco parecía adelantar mucho en la senda de la política, a la cual anteponía un localismo sin vuelos.

Con la hostilidad que caracteriza a los rezagados y a los fracasados, hablaban sin cesar de uno de sus convecinos, don Celso Perrote, cuyo medro era realmente escandaloso de algunos años acá.

—¡Mire usted —exclamaba Trasvalle con su voz abaritonada y pastosa que se rozaba en las notas altas— como se arremolinan los papanatas allí!

Señalaba a la tienda, ante cuyo escaparate hormigueaba un grupo numeroso. —No parece sino que en su vida vieron cosa igual.

—¡Y de fijo que no! —contestó Nazario—. ¿Y sabe usted porqué cuentan que la hizo tan magnífica?

—Sí; lo decían anoche en la Pecera... Para que se crea que sale de ahí cuanto gasta.

Nazario sonreía sarcásticamente.

—No me figuro que nos suponga tan tontos. En primer lugar, la tienda se ha abierto hace dos días, y él es millonario desde hace tres años lo menos.

—¿Se acuerda usted —suspiró Trasvalle con melancolía de hombre sin porvenir— de los tiempos en que Perrote tenía en la calle de la Polilla el tenducho de aceite y vinagre? Ni un dependiente. El mismo despachaba el cucurucho de pimentón o la libreta añeja con las manos que ahora relumbran de sortijas.

Un momento discutieron fechas. Haría veinte años lo más... Bien lo recordaría Nazario, aunque entonces fuese un chiquillo..., un mocoso. Del Camino protestó: no tan mocoso, sus dieciseis; ¡ya iba al Instituto!

Trasvalle siguió evocando memorias, maravillándose del girar de la rueda.

—La fortuna se hizo con rapidez telegráfica. Parece una cosa de los Estados Unidos..., de eso que se lee con asombro. Ya sabe usted que se asoció con Monzón; y cómo será, que siendo Monzón lo que nos consta, le arrolló, le envolvió, y por poquito le arruina del todo..., mientras Perrote se achinaba. La combinación de Perrote parece sencilla, pero ni usted ni yo hemos acertado con ella. Perrote encarna el intermediario, tipo que responde a una serie de fenómenos de economía social...

—Ahora lo ha dicho usted todo, amigo don Ramón —aprobó Nazario—. El secreto está ahí; y los que hemos visto saltar de la miseria a la opulencia en estos años no son más que intermediarios entre el productor y el comprador. Para ellos, no la ganancia moderada, sino la grasa y la flor del negocio. Toman a diez lo que revenden a veinte o treinta, o más; ¡ventaja fabulosa! Su mano izquierda recoge; su mano derecha entrega; y, de mano a mano, el ¡cuántos por cien!... Y de otro modo, ¿cómo pudieran verse estos milagros? El Ebro no crece con agua clara. Monzón está que trina, y cuenta pormenores que hay que taparse los oídos.

—Sí, aun descontando la exageración —aprobó Trasvalle— la cosa se ve con transparencia. Del bujío de la calle de la Polilla saltó a la tienda de la calle de San Efrén, que responde al periodo en que Perrote se echó a viajar, iniciando la serie de los acaparamientos en pequeño. Entonces surtió a muchas tiendas de las cuatro provincias gallegas, y hasta a bastantes de León. El negocio ya sudaba; y con sus raspas, sobras de quesos y de jamones, vivía el establecimiento del mismo Perrote. Miles de pesetas... Pero el socio quería mayor horizonte, y no digamos el que vió abierto cuando se declaró la guerra. ¡Por tierra, por mar! ¡A varias naciones! A las que pagaban...

Callaron un instante, ensombrecidos. Siempre que concordaban en el hecho de aquel enriquecimiento súbito, algo amargo les subía a las fauces. ¿Por envidia? Acaso no..., o al menos una envidia especial. ¡Entraban en ella tantos componentes! Lo cierto era que tal sentimiento, bastardo o no, les unía, sobre todo en la hora de las efusiones.

—¿En cuánto le calcula usted la fortuna hoy? —articuló Nazario con la garganta seca y los ojos relumbradores.

—Es imposible calcular exactamente... Mucho debe de ser. Puede que hoy esté a la altura del primero en esta plaza, y aun le sobrepuje.

Nazario insistió.

—¿Más que Morlado? ¿Más que Ruiz Sorbales?

—Para mí, más; no cabe ya duda...

Nazario mordía al soslayo el fino bigote rubio que llevaba aún a lo kaiser por un hábito adquirido. Era un hombre más bien guapo, cuidadoso de su persona, con fama de aficionado a las aventuras de amor, aun cuando este lado de su existencia lo resguardase en el mayor misterio. Nadie podía precisar nada acerca de las «historias» de don Nazario. Su biografía presentaba nieblas. Un vago susurro equívoco rodeaba sus viajes, la crónica de su residencia en Cuba unos cuatro o cinco años silenciosamente. Aborrecía el ruido; aborrecía la ingerencia de la gente en sus asuntos personales. Sólo cultivaba la publicidad en el periódico. Este alejamiento de la multitud le ganaba antipatías, porque en las capitales de provincia se propende a exigir la confianza como un tributo debido y a ver algo de ofensa en los retraimientos.

—¡Mire usted que ha sido cambio! —insistió al fin dando vueltas a la misma idea—. ¡Pensar en la miseria en que les conocimos al padre y a la hija! Casualmente, en la calle de la Polilla vivía yo entonces, y frente a la tienda, si puede llamarse así, del tal... El estaba flaco como las arañas que le tapizaban el techo, y la niña hecha un fideíto. Corría en pernetas sobre las losas cuando me veía salir para ir a clase. Se me agarraba al faldón de la americana y me pedía un caramelo. Llevaba el pelo enmarañado, tanto, que un día la regalé un peine...

En la voz, más bien estridente de habituales ironías, había una blandura de emoción. Lo observó Trasvalle para sí.

—¡Anda, anda! —pensó—. ¿Quién sabe si también este?...

Ya Nazario, recobrándose, hablaba con dureza burlona.

—¿La ve usted ahora a la mocosa aquella? Cada día un traje diferente; sombreros dicen que de a cien duros y fantasías de calzado aquí desconocidas... Y todavía, en la tienda de San Efrén la hemos visto despachando jamones, atendiendo a los parroquianos. Al ir a misa, entraba allí el pobre de Geromo...

Nazario sabía que el arañazo causaba dolor. Geromo era hijo de Trasvalle y la gran preocupación de su vida; sobre todo lo había sido cuando andaba en amoríos con Adela Perrote, amoríos contrariados por el padre, que andaba diciendo en público que le llenaría la cara de dedos al pretendiente de su hija, «ese chiquilicuatro». Las anécdotas relativas al episodio habían entretenido mucho a los murmuradores. Don Ramón, alterado, se apresuró a exclamar:

—¡Disparate! Ya no se acuerda mi rapaz ni del santo del nombre de esa chica... Desde que su hermano Carlos le llamó a la Habana para ayudarle en los negocios no ha vuelto ni a mentarla en sus cartas.

—Si es así debe usted dar muchas gracias a Dios —replicó vivamente Nazario—. La niña es canela. Ya habrá usted oído lo que hace y cómo vive. Hay ocasiones en que parece loca rematada. Gasta un delirio; comete mil extravagancias, y Perrote nada le niega; está dominado por esa chiquilla. Aquí, para entre nosotros, Perrote sólo es inteligente para juntar cuartos, y eso porque le han ayudado las circunstancias actuales. En todo lo demás, dificulto que se encuentre mayor adoquín. ¡Cómo ha educado a esa hija! En vez de enviarla, por ejemplo, a un colegio de Londres, la ha dejado como a una potranca suelta y desprestigiándose; porque está desprestigiada, no le quepa a usted duda. Ella no quiere, por soberbia, ni saludar a sus amigas de antes, de los tiempos humildes, a las modistillas y artesanas; y las señoritas, en cambio, no la quieren saludar a ella. Esa es la obra de su excelso papá.

Trasvalle sintió impulsos de defender a la que había amado su hijo.

—¿Sabe que me choca oirle expresarse así? Yo suponía que era usted muy amigo de Perrote, por lo mucho que frecuenta la casa. Y hasta se susurra...; vamos, no se haga el asombrado..., que la niña... que usted...

Los ojos del periodista, verdosos como el agua del mar, se ensombrecieron. Protestó, tratando de moderar el enojo que le había causado la suposición.

—Perrote me llama siempre a su lado, querido, por ciertas razones... A ver quien le sostendría si se le echa encima *El Atlántico*, que le tiene amenazado con una campaña de prensa feroz. Le persigue el espectro de una denuncia, y está que no le llega la camisa al cuerpo... Y tocante a Adelita..., usted, don Ramón, se me figura que tiene celos por cuenta de su hijo. De seguro que él sigue pensando en ella. No crea usted que relaciones como esas se acaban tan fácilmente.

Trasvalle se echó a reir con buen humor.

—¡Si sabré yo lo que pasa! Aun no cuenta diez días de fecha la última carta que me ha escrito Carlos, y en ella me habla de su hermano. Dice que él tiene que salir de la Habana unos días, pero que deja a Geromo al frente, y que el chico se porta muy bien...

—Puede portarse muy bien y seguir colado. No me sorprendería que se presentase aquí a la hora menos pensada y diese un susto a Perrote. Porque ahora ya no se le podría tratar tan soberbiamente como a un chiquillo.

—Usted ve visiones —declaró don Ramón—. Y vámonos, que aquí empieza a caer relente. Con mi asma, soy tan sensible a las oscilaciones de la temperatura... ¿Pero de veras no le pone usted los pun os a la de Perrote?...

—¿Yo? ¿A una criatura que no ha querido llevar luto por su abuela materna, la impedida, asegurando que era una pariente muy lejana? ¡Si esa pobrecilla es poco menos tonta que su papá!

—¿Tonto Perrote? —objetó don Ramón—. ¡Bueno! Tontos usted y yo, que no hemos sabido ganar una peseta...

II

Al través del ramaje que la invernada había despojado de sus hojas, Trasvalle, al levantarse de su asiento en el banco, veía el muelle. No le llamaba la atención, por frecuente, el desfile de los pasajeros de los vapores de América que allí desembarcaban. Era siempre la misma comitiva, con trajes heteróclitos, guardapolvos de verano aún en invierno, gorras a cuadros y a rayas, jipis anticuados, maletas de lata con doradas cantoneras, sacos y fardos de todo género. De pronto, Trasvalle pegó un respingo. Una forma humana, confundida entre la multitud, le había dado un golpe en el alma. Rompió a correr.

—¿Qué sucede? —interrogó Nazario.

Don Ramón no contestó. Seguía corriendo, ahogándose de sofocación, detrás del pasajero entrevisto, el cual también iba velozmente y sin volver la cabeza a pesar de los gritos, que no oiría tal vez.

—¡Geromo! ¡Geromo! ¡Aguarda, hombre!

No consiguió alcanzarle el que le perseguía, sino cuando, seguido de una mujerona que porteaba un saco de lona y cuero, iba a subir las escaleras de «La Golondrina», fonda siempre llena de «indianos» y viajantes de muy distintas procedencias. Geromo, al verse sorprendido por su padre, que apenas podía respirar de la carrera que había dado, se estremeció primero, y luego se cuajó en frialdad defensiva, casi retadora.

—¿Pero qué es esto? —repetía el padre entre toses y disnea congojosa—. ¿Qué es; sepamos?

—Subamos, si le parece—aconsejó el mozo—. Estamos en el portal, y los que nos ven se fijan...

Subieron, en efecto, pisándose los talones. Un camarero les guiaba en busca de la habitación. Era espaciosa, con dos camas sin hacer, y en una de ellas se dejó caer sentado Trasvalle, resollando penosamente.

—¿Se puede saber —interpeló— porqué has venido? ¿Sin avisar, dejando la casa que te tenía confiada tu hermano? ¿Qué sorpresa es esta?

El muchacho alzó la cabeza y se quitó un casquetillo elegante, de seda gris, descubriendo el rostro cetrino, la profusa cabellera con tendencia al ensortijado, los ojos como moras maduras, la boca aclarada por unos dientes de cristal. Trasvalle le tendió involuntariamente los brazos. Siempre había sentido cierto orgullo de la bonita figura de su segundón.

El hijo correspondió a la demostración afectuosa sin expansión mayor. Comprendía que no iban a estar de paz.

—Pues he venido —dijo al fin— porque me secaba... Aquello no me prueba, créalo usted. Hasta los médicos me aconsejaron el viaje. Dicen que mis nervios están muy excitados. El mucho trabajo... Como mi hermano tuvo que salir a quehaceres, yo..., naturalmente..., aprovechando la ocasión...

Por una vez, Trasvalle, pacífico de suyo, montó en cólera repentina.

—Afuera marrullerías —bufó—. ¿Pensarás que me engañas? Méteme el dedo en la boca y verás... ¡Parece imposible que tengas tan poca dignidad siendo hijo mío! Vienes a aguantar nuevos desprecios y humillaciones...; ¡vienes a que te paseen el pie por la cara! ¡Yo no he sido nunca sino un pobre empleado que se gana su vida en una oficina, pero al que me falta y me tiene en menos le largo un soplamocos! ¡Pues hombre!

—Serénese —suplicó el muchacho con algo de ese dejillo mimoso que se trae de las Antillas—. Aguarde un momento...

Salió al pasillo, llamó al camarero, y después de encargarle que «despachase» a la portadora del saco y a los que después viniesen con más equipaje, ordenó:

—Tráigase una cafetera con buen café, ¿estamos?, y azucarero y tazas...

Volviendo después a sentarse frente de su padre, pronunció con terca mansedumbre:

—Yo no he perdido mi dignidad, señor. Por querer a una mujer la dignidad no se pierde.

—¡Pero bobo, si a ella no se le importa de tí!

Calló y sonrió el joven. Era una bella sonrisa, llena de la confianza feliz de la juventud. Radiaba en sus labios y alumbraba el semblante, hermoseándolo por la expresión.

Desabrochando su chaqueta de fino paño, sacó una carterita de piel de Rusia, y de ella un atado de cartas, ligero y compacto a la vez. Desató, y señalando a la firma de una de ellas la mostró a su padre. Decía en clara letra rasgada: «Tu Adelita».

Se mezclaron, en el espíritu de Trasvalle, el recelo y el orgullo. ¡Ya presumía él que a su retoño no le hacian ascos las mujeres! Y las consecuencias de la situación se le aparecieron a la vez como profetizadas. ¡Perrote le romperia la crísma a Geromo, o viceversa! ¡Todo el pueblo murmuraría! ¡Una serie de rozamientos, de peleas! ¡Situación tirante, difícil! Trasvalle las temía como al cólera, a tales situaciones.

—En cuanto su padre se entere, de una patada te vuelve a Cuba.

Geromo registró otro de sus bolsillos, y sacó un sobre, del cual extrajo otra carta. Era del mismo Perrote, y proponía lacónicamente a Geromo que viniese, si gustaba, a trabajar en sus negocios.

¿No le asombra, padre? Quiere decir que todo aquello de antes pasó... ¿Quién sabe si piensa en asociarme a sus empresas? ¡Yo veo, detrás de esta carta, un magnífico porvenir!

Entró el camarero con tazas y cafetera. Geromo sirvió a Trasvalle, poniéndole tres terrones de azúcar, que ya sabía que era su costumbre. Hubo un momomento de concordia dichosa, al saborear la negra infusión. Ambos eran aficionados, y Geromo, en Cuba, había trocado la afición en necesidad. El café le sostenía, el café le refrescaba, el café le volvía el alma al cuerpo, en las horas de sudor deprimente. ¡Aquel clima! Los nervios necesitaban el latigazo del café.

En la especie de queja conque lo murmuraba, se traslucía el afán de volver, para siempre, al otro clima familiar, soñado...

—Bueno, hijo—observó el padre dejando la taza sobre el eterno velador que forma parte del mobiliario de todas las fondas.—Según eso, vienes autorizado por la niña y por el papá. Pero no extrañes que te pregunte si el papá está enterado de lo de la niña, de que la niña sigue siendo tu novia. Porque cambiaría mucho el aspecto de la cuestión, si no lo estuviese.

El mozo perdió algo de su aplomo, del vuelo de ilusión que le alzaba de la tierra. Hizo un gesto indefinible. Trasvalle había dado en el blanco.

—¿Un buen puro?—articuló extrayendo uno de la petaca.

—Gracias... Se acepta. Aquí estamos sin tabaco ninguno.

—Yo traigo un poco en mi maleta. No me lo han requisado.

—Cuando no es para tráfico se hace la vista gorda—declaró el empleado de Hacienda.

—¡Ah! ¡Para tráfico! Ya lo traeremos el señor Perrote y yo... No tenga usted cuidado.

—Bien, bien... Pero no has contestado a mi pregunta. ¿Sabe el señor Perrote lo que pasa?

—¿Qué sé yo lo que sabe el señor Perrote?—contestó evasivamente el enamorado.—Es muy cuco, un buen zorro, y nunca habrá usted visto que se claree. Puede ser que sepa tanto como yo, y puede que ahora piense que de aquello no hubo nada. A mí no ha dejado de chocarme este llamamiento. Sin motivo, no es. Quizás supiese que mi hermano se portaba mal conmigo y juzgase que yo deseaba cambiar de suerte.

Trasvalle saltó:

—¿Que tu hermano se porta mal? ¿Qué es eso? ¿A qué llamas tú portarse mal?

—Cuatro años llevo sudando a su lado, y aun no he salido de dependiente. Natural parecía que, al ver mi voluntad, me asociase, me diese, por lo menos, participación. Esto, hasta con los obreros se hace. Pues nada: yo soy allí como un empleado que se trae de fuera, al cual se le paga su sueldo, y hemos concluido. Un buen sueldo, porque ahora no los hay malos; pero de ahí no pasa. Me he cansado, y le he plantado. Ya me arreglaré, no tenga usted miedo.

El padre callaba, pero sufría una punzada en el corazón. ¡Sus hijos desunidos! ¡El mayor, defraudando al menor, el menor airado contra el mayor! Su alma de padrazo afectuoso y sensible, algo quimérica, daba a aquella cuestión de vulgar interés proporciones de tragedia.

Acezaba y se atascaba al dar chupadas a la breva ofrecida por Geromo.

Al cabo planteó otro aspecto de la cuestión.

—¿Y tu novia? ¿Sabe que vienes?

El muchacho tardó un poco en contestar.

—He querido dar la sorpresa. ¡Cuando me vea!

—No lo apruebo, pero allá tú... Todo se ha de arreglar. Desde luego, tú no me estás en esta posada, que te cuesta dinero y es un bureo, donde ni podrás dormir a tu gusto. Dispón que te lleven a la nuestra el equipaje. Allí está tú cuartito, conforme quedó. No comerás faisanes, te espera el cocido de Antoña, que está la infeliz hecha un cesto. Te aguantarás. ¡Es hasta más decente que vivas con tu padre! Donde hay para uno, hay para dos.

Rehusó al principio el muchacho, como si quisiera dar a entender que estaba obligado a valerse y a costearse la vida, y al cabo, se rindió, pensando que el arreglo sería transitorio.

El camarero asomó a la puerta, con el aire del que trae una noticia.

—Ahí está la misma mujer que ha porteado el saco. Dice que, en el muelle, le han dado una cosa que es del señor.

—¿Una cosa? Que entre esa mujer.

La faenera apareció, levantando en alto algo brillante y voluminoso; una jaula de hojalata.

—Cómo tengo la cabeza—gritó Geromo, precipitándose, y sacando del bolsillo un duro, que alargó a la portadora. ¡Pobre Coquito! ¡Ven aquí, rico, lorito de mi vida! ¿Estás triste? Claro; habrá pasado buen susto. ¡Los chiquillos en el muelle, te habrán acosado!

En efecto, el plumaje gris del pájaro charlatán aparecía como erizado, y sus ojuelos redondos, inquietos, revelaban el terror padecido. A las llamadas cariñosas del amo, se alegró y tendiendo el corvo pico al terrón de azúcar que le brindaban, pronunció enfáticamente:

—¡Adelita! ¡Adelita!

III

Al salir a la calle, en la acera de enfrente vieron a alguien que parecía estar en acecho. y que se les unió. Geromo hizo un gesto y se echó atrás.

—¿Qué, ya no me conoces?—interrogó el individuo.—No me extraña. Se hace uno viejo..

—No, ya sé que es usted don Nazario del Camino.

—Pues se saluda a los amigos, y más cuando se llega de tan lejos. Bien agenos estaba tu padre.

—¡Bah! De esas cosas que suceden. Tomé el barco de la noche a la mañana.

—Lo más natural. Si asuntos tenías allí, aquí tampoco te faltan.

Geromo frunció el ceño de azabache, y miró fijamente a su interlocutor. La ojeada era displicente, casi agresiva.

—Sí, señor—replicó—podré tener asuntos, pero mire lo que pasa: ¡no me gusta que nadie se meta en ellos!

Trasvalle, sorprendido, tiró ligeramente de la manga al muchacho. ¿Qué significaría tanta aspereza? Nazario conocía desde niño a Geromo, y podía hablarle en tono de confianza. No le había ofendido, ¿Porqué se encrespaba así?

Sonreía el periodista, con su seca sonrisa burladora, fría y cortante.

—No te amosques, Geromín—articuló.—Nadie se mete en tus negocios. Yo vengo, a título de amigo, a hacerte un favor. Son las seis, y a las nueve empieza el paseo en la Mayor. ¡El paseito! No pierdas el tiempo en buscar allí a tu Dulcinea. Ya nunca va a mezclarse con la plebe. Está muy remontada para eso. No sale a pie sino acaso por las mañanas, a compras; y en el Cadillac que le ha comprado su padre, hace excursiones, va a su casa de campo.

—¡Bueno, señor, muy agradecido!—exclamó Geromo, apretando los labios para que de ellos solo saliesen palabras comedidas, mientras las otras pugnaban por reventar iracundas.—No se moleste más en aconsejarme, que no lo he menester en tales materias.

—Allá tú, pollo—murmuró Nazario con soltura afectada.—Yo queria ahorrarte una decepción; y te la he ahorrado, de fijo, porque, aun cuando dices que te lo sabes todo, seguramente no sabías que la señorita de Perrote ya no va a la Mayor, a esa hora tan sugestiva. Bueno; hablemos de otra cosa. Acompaño a ustedes hasta el final del Cantón.

Emparejando tranquilamente con hijo y padre, y hablando de naderías, siguieron hasta que un remolino de gente les cortó el paso. Se agolpaba, hormigueante, frente a un escaparate deslumbrador, el de la famosa tienda. Los chiquillos sobre todo, estaban en éxtasis. Trocaban exclamaciones de entusiasmo. ¿Eh, tú? ¡Quien pusiese la mano sobre todo aquello! ¿Cómo sabrá? Y remedaban un beso en el vacío. ¡Mira, Larafuzas, qué jamón con falda de plata! Escucha, Berberecho, ¿tú qué escogías? ¿Aquel turrón tostado? ¿Aquellos chocolates? ¿Las frutas acarameladas? ¿Los quesos que parecen ruedas de molino? Embebecidos, admiraban los granujas la cabeza de jabalí, cubierta con su piel, dorados los colmillos, una enorme trufa en el morro. Y, sin inspirarles deseos por desconocer su sabor, les impresionaban respetuosamente las botellas capsuladas de plata, estranguladas por el enrejado de alambre, en que dormía el alma perturbadora del Champagne espumoso.

Geromo, por decir algo, observó:

—¿Pero se vende aquí todo esto fácilmente? Cuando yo me marché...

—¡Ah, desde entonces, mucho cambio, y aumento del lujo!—advirtió el periodista.—¡Se liquida todo, y mejor los artículos caros! ¡En lo caro es en lo que se hace más negocio! El que ha puesto este establecimiento lo sabe bien. Es hombre de experiencia...

Y a la muda interrogación de Geromo, respondió como al descuido:

—Perrote.

Siguieron andando, hasta el límite en que suelen acabarse allí los acompañamientos: las proximidades de la ciudad antigua, de calles difíciles, empinadas, de plazas donde reina la soledad. Sobre una de éstas se abrían las ventanas del reducido piso que ocupaba Trasvalle. Al entrar en él, una impresión de tedio asaltó al muchacho, habituado ya al ruido de calles populosas, a la animación y vocerío de las urbes en que se trafica activamente. No dijo nada y subió resignado a su antigua habitación, donde no se había cambiado un solo objeto. ¡Cuantas veces, allá lejos, bajo el cielo de los trópicos, se había acordado con nostalgia de las cuatro paredes, nido de su niñez! ¡Y ahora le parecían tan feas, una especie de celda de castigo! El papel, desteñido y desgarrado; las butacas, de yute, descoloridas y ajadas; la fotografía de su madre, amarillenta, anticuada, ridícula; la mesa de noche, siempre abierta, como antes, por una portezuela que se balanceaba... Geromo tenía ya en la masa de la sangre el espíritu del tiem-

po en que le había tocado vivir: la necesidad del confort en derredor suyo; y esto no impedía todo el desarrollo sentimental, toda la exigencia de novela de amor que ya desde antiguo sentía y que se exaltaba ahora. Era la nueva generación que reniega de la que la ha precedido, que no comprende el ideal de una vida modesta, encerrada en un círculo de estrechas ocupaciones. En aquel momento, su padre le pareció un pobre hombre, y le miró con compasión más bien despectiva.

—Si necesitas algún mueble, hijo, dilo y se comprará—exclamó Trasvalle, notando instintivamente la desilusión del chico—Ya ves, aquí nadie a vuelto a entrar. La Antoña hasta quería convertir esta habitación en gallinero, para poder darme al almuerzo un par de huevos frescuitos de cuando en cuando. Como pensaba que no volverías nunca...

En el umbral de la puerta, Antoña reía. Era el tipo de la antigua criada, peinada en trenzas, vestida con una chambra a rayas, un delantal no muy pulcro sobre una falda de lana gris, un pañuelo caído y atado bajo la barbilla. Sus ojos destellaban placer, pues veía a su señorito, que nunca pensó volviese de aquellas tierras, que se figuraba llenas de negros horribles, de hombrones con el machete desenvainado, buscando barrigas donde hundirlo. Todo eso se lo había contado uno de su aldea, ahijado suyo, que venía de *allá* en derechura, y para Antoña, Cuba era española aún, y los mambises se hartaban de hacernos todo el mal que podían.

—¡Hola, Antoña! —exclamó el repatriado—¿Como te ha ido, mujer?¿Me harás unas torrijas, no?

—¡Si, riquiño!

Pero casi no probó bocado de la cena, improvisada rápidamente. Lo que anhelaba era salir otra vez, y salir solo, libre. Su padre lo comprendió y no intentó acompañarle. Geromo al bajar la escalera corría como un chico que va a la recreación. A pesar de la advertencia de Nazario, aun esperaba ver a Adelita, paseando en la calle Mayor, a aquella hora en que, en invierno como en verano, bastantes señoritas y las artesanas, de común acuerdo, dan lo que se llama «una vuelta» por la calle bien alumbrada, bien embaldosada, sonora de pasos y de voces rientes.

En aquella época del año, no era posible ir al paseo «verdadero», porque la humedad, más que el frío, lo impedía; pero en la Mayor hacía siempre una temperatura de invernadero, un abrigo, una secura gratísima. Y eternizábase el girar allí, hasta las once de la noche. Una greguería de piropeo y de chanza llenaba el aire. Era lo más democrático posible aquel esparcimiento: todas las clases sociales se mezclaban, fraternizando. Los horteras se codeaban con sus patronos, mirando a un tiempo y con iguales pretensiones a la misma artesanita pizpireta. Niñeras todas de blanco, blancos los zapatos, blanca la diadema, aprovechaban una horita de permiso, para disfrutar de aquel codeo tan grato. Las señoritas se deslizaban entre la patulea, molestadas por los encontrones, tratando de rehuir contactos y pisotones no siempre casuales, pues las artesanas tomaban a broma, ahora que no era posible pisar colas, pisar pies calzados elegantemente, al último grito de la moda zapateril. Y eso era lo que primero se advertía: que las mujeres iban divinamente calzadas y perfectamente ataviadas, según lo imponía la elegancia del momento. «Mejor que en Madrid» se oía decir a los forasteros, unánimes. Todo aquello del calzar barato, de traje sencillo ¡conversación! La diferencia más marcada entre el señorío y las artesanas era el sombrero. Las que no se preciaban de señorío iban a pelo, primorosamente peinadas, con graciosas patillas, y moños perfectos. Las señoritas ensombreradas, tapada por el ala la frente, dejando flotar el velo a ambos lados del rostro, y avanzando el pie para pisar de punta, a causa del alto tacón. A algunas, que tenían novio oficialmente, y lo llevaba al costado, con la cabeza vuelta hacia ellas todo el tiempo, susurrándoles a la oreja, las seguían dos o tres despabiladas modistillas, con el propósito de no perder palabra de lo que se dijesen los amelonados... Y Geromo, que después

de una corta aparición en el Circulo de la Amistad, acababa de entrar como una cuña en el gentio, y describía curvas para avanzar sorteando sus oleadas caprichosas, se veía ya al lado de Adelita Perrote, sintiendo el calor de su brazo, devorando con la mirada su perfil, recibiendo el efluvio de sus ojos, y preguntándole todo lo que sugieren algunos años de ausencia...

Y no aparecia Adelita... ¡qué había de aparecer! Estaba en aquel mismo punto sentada en la galería de su casa, extendida en una mecedora, lánguidamente. Las abiertas vidrieras permitieron a Geromo divisar la mancha blanca de su traje, en desacuerdo con la estación. Y también le consintieron ver que cerca de Adelita había una sombra, la de un hombre. El fumaba lentamente, y ella hablaba con viveza. Geromo percibía el ruido desigual de su propio corazón. ¿Quien se sentaba al lado de Adelita, así mano a mano, a tal hora? Retrocedió hasta la otra acera, trabajosamente, y desde allí, pegado a la pared de una tienda, pudo ver mejor. El que charlaba con Adelita era don Nazario.

IV

Adelita, cuando se despidió el periodista a cosa de las once y media, hora en que sus tareas profesionales le reclamaban en la redacción de *El Puerto*, quedó pensativa, y lo único que no se le ocurrió hacer fué lo natural a tales horas: retirarse a su habitación para gozar una noche de tranquilo sueño. Como las vidrieras continuasen abiertas, pues en aquel clima incomparable hay noches de Diciembre en que no hace frío, sobre todo si no sopla el nordeste, se puso de pechos en el reborde de la galería, y al hacerlo, miró a la calle, y pudo ver perfectamente a Geromo, recostado en los cerrados tableros de la farmacia de enfrente, y mirando con avidez.

La señorita de Perrote, confusa y desasosegada, vaciló entre corresponder a aquel mirar imperioso y violento, o meterse dentro, cerrando los vidrios. La plática con Nazario la había dejado en un estado de ánimo singular. Podía compararse su alma a una estancia oscura donde de improviso encienden una luz. Se ven mil cosas que ni se sospechaban, y que sin embargo, allí existían, y se revelan con fisonomía especial. Por primera vez, la niña millonaria comprendía lo que nunca había, no diré comprendido, pero ni barruntado. Al hablar con tal precisión y vehemencia, Nazario había desgarrado el velo que se interponía entre el pasado y el presente, y ambos se mostraban como de bulto.

¿Cómo pudo ser que antaño supusiese que amaba de un modo desatinado, así como en las novelas, al novio de su juventud, con el cual seguía en correspondencia por puro entretenimiento, por llenar una hora ociosa? Desde que el hijo de Trasvalle había embarcado para «el otro mundo» ella, Adelita, se había transformado, porque todo, en torno suyo, cambiaba también. Los manjares, la ropa, los muebles, no eran los mismos: las aspiraciones, tampoco. Hoy tenía un automóvil de primera, modisto en París, un hilo de perlas como guisantes redondos y finos, una pianola y un gramófono muy caros, para solazarse cuando la atacaba la enfermedad de los ricos, el tedio, complicado en ella con antojos de amor, pero no de amor hacia un hombre cuya imagen había gastado la ausencia, y cuyas cartas no conseguían derretir el hielo. El dependiente del escritorio de Carlos Trasvalle no era ya quien podía electrizarla. Así se lo había afirmado Nazario, entre ironías que dieron en el blanco, porque se prestaba maravillosamente a ellas la insólita llegada del viajero, con la indumentaria peculiar de los «indianos» y la jaula del lorito, detalle grotesco que no falta nunca en los sainetes y que persiste en la realidad, todavía.

La voz de acero del periodista había triturado los recuerdos y los idealismos de los diez y ocho años de la muchacha. El idilio se convertía en sainete. Una rosa que le florecía dentro, algo marchita ya antes de que Nazario hablase como no lo había hecho nunca, perdía una a una sus últimas hojas. Y aquel arranque

pasional, de venirse de Cuba dejándolo todo, solo por verla, por no serle posible resistir más sin su vista, Nazario lo había analizado y destruído, como si le aplicase un ácido. Geromo venía, no por contemplar el amado rostro, sino porque don Anselmo Perrote, el nuevo ricachón, le llamaba, para darle una situación inferior en sus oficinas. Le habían arrojado un pastel, como a un can, y se precipitaba a devorarlo. Tanto más, cuanto que su hermano Carlos ya no le quería en el escritorio. Acaso no sirviese para gran cosa...

Todo esto lo había asegurado Nazario, pero en forma delicada, como si al informar a Adela temiese herir sus sentimientos. Y haciendo girar hábilmente el eje de la conversación, la dió un carácter distinto. Mostró a la señorita, en abreviatura, el porvenir. No valdría la pena de que su padre hubiese llegado a tan lisonjera prosperidad, para que ella uniese su vida a la de un hombre oscuro, destinado a tareas secundarias.

Si se casase con Geromo—suponiendo que lo consintiese su padre, que estaba por ver—lo que la aguardaba era una existencia parecida a la de Pacha Angulo, o Cristila Calvo Somonte, en su casa, cargándose de chiquillería, y por toda distracción, un baile al año en el Círculo de la Amistad. Adelita había nacido para otra cosa: para brillar, para viajar y ver mundo, para satisfacer mejor sus antojos, donde todo lo puede el dinero; para ser lo que se llama una mujer a la moda. Y ya se casaría, ya, sin tanto apuro, eligiendo entre los muchos y brillantes partidos que se presentarían. Ese era su verdadero destino.

Entre el torbellino interior que alzaban las doctrinas y las ideas de Nazario, un momento caviló Adelita cómo era que el periodista había tomado con ella tanta confianza, para hablarle así y registrar sus más secretos pensamientos, interviniendo en cuanto la pudiera interesar, como si fuese... ¿Como si fuese, qué? En sus largas horas de aburrimiento por ociosidad, Adelita había leído no pocas novelas, francesas y nacionales. Se había avispado, o al menos así lo creía, en asuntos de sentimentalismo romancesco. Aquella ingerencia de Nazario tenía algo de misteriosa: parecía que... verdad que la conocía desde mocosa, cuando la traía caramelos en la calle de la Polilla, y la regalaba peines... ¡Qué vueltas da el mundo! De todos modos, la confianza que se arrogaba aquel amigo ¿amigo...? Nazario le había murmurado al oído, al retirarse: «Tú no ves claro en tu corazón, niña. No sabes lo que quieres. Yo te revelaré el enigma.»

¡Revelarle el enigma! ¿Y cual era ese enigma, vamos a ver? Aquí los pensamientos de Adelita se embrollaban y efectivamente, no veía claro en su corazón. Muchas veces había leído que las heroínas de las novelas, sin saberlo, alimentaban un amor escondido, un fuego tapado, del cual no se daban cuenta hasta que un día, ¡zás! la hoguera se descubría y lo consumía todo. Además como el destino de la mujer era amar, tarde o temprano—esto también lo afirmaba del Camino—si Adelita ya no sentía cosa mayor por Geromo, es indudable que debía sentirla por otro, y sentirla con viveza y fuerza, no con aquella sosería del cariño infantil. Cuando discurría así, se acordó de que, al pie de sus cierres de cristal, estaba fijo y como extático Geromo, aguardando una mirada que le compensase y le diese aliento. Hizo un gesto de fastidio. La gente, de seguro, se fijaba. Iban a reirse. Todo se volverían sátiras al dia siguiente. ¡Con lo fisgonas que eran aquellas muchachas que, seis o siete años antes, podían fundadamente creerse de la misma clase que Adela, y ahora la envidiarían y no perderían coyuntura en arrancarla el pellejo! Y con la fila que le tenían las «de la alta» obstinadas en no acojerla, en no conocerla siquiera. Así es que, impaciente, deseosa de poner fin a la escena ridícula, hizo a Geromo una señal que siempre significa «vete cuanto antes, estás haciendo el bú» y retirándose de golpe, cerró la vidriera. Su forma airosa, afinada ya por los buenos corsés y la ropa bien cortada, desapareció como si se la bebiese la semi-oscuridad de la habitación, débilmente iluminada por los farolés de la calle.

Geromo, lejos de marcharse ni de cambiar de postura, se quedó como paralizado.

Sin embargo, al cabo de un minuto, y recobrando el movimiento, rompió a andar por la Mayor abajo. Le empujaban, y no lo sentía. A su paso, se alzaban frescas y zumbonas carcajadas de tobilleras, y ni las oía.

Hacia el final de la calle, un anuncio luminoso rezaba *El Puerto*, diario de la mañana. Geromo penetró, con paso rápido. Allí, por otra parte, se entraba como en un molino, cosa que ocurre en la mayor parte de las redacciones de periódicos, al menos en los de provincia.

No preguntó Geromo si estaba el director: creía seguro hallarle, en el cacifo con honores de despacho, al lado de la redacción propiamente dicha. Y en efecto, en derrengado sillón, fumando y repasando telegramas, encontró al punto a don Nazario.

—¿Qué traes, cubanito? rezongó.—Parece que te has disparado. ¿Me necesitas para alguna cosa?

Geromo se sentó en la única silla, de rejilla y muy deteriorada, y colocándose frente al periodista, formuló su interrogación.

—Usted ha hablado ahora mismo con Adela. Les he visto, en la galería, mucho rato. Vengo a saber si le ha dicho a usted algo de mí, de mi venida, de nuestros amores.

—¿Nada menos?—exclamó haciéndose el indiferente don Nazario. ¿Todo eso tengo que contarte en seguida?

—Claro que me lo tiene usted que contar—aseguró con brío el enamorado.—Me parece que a nadie le importa el asunto más que a mí.

Nazario hizo el ademán que significa «calma, calma» y era que se tomaba tiempo para pensar lo que iba a responder, comprendiendo perfectamente lo grave del caso.

—¡Vamos, hable usted!—insistió Geromo.—Mi situación es muy embarazosa. Estoy aquí, en realidad, solo por verla, por acercarme a ella. La cosa parece difícil, por las nuevas costumbres que ahora tienen; he oído que se dan mucha importancia y que no les ve nadie, salvo al padre, en su escritorio. Pero, amigo, es positivo que a la chica usted la ve, a horas de confianza, y mano a mano. Usted, pues, es quien me puede guiar. ¿Qué le ha dicho a usted Adela de mi venida?

—Ya das por supuesto que me haya dicho algo—murmuró del Camino, consecuente en su sistema de evasivas.

—Sí, señor—afirmó el mozo—y aunque usted lo niegue, seguiría creyéndolo. ¿Soy yo algún bolonio, algún chiquillo, para que se me engañe tan fácilmente? En la galería trataban ustedes de mí, y no de otra cosa. Aguardo, por consiguiente, a que usted me entere lo que me afecta.

Del Camino, en los minutos que había durado la plática, logró rehacerse. La sorpresa se disipaba. Recobraba su astuto disimulo habitual, oculto bajo apariencias frecuentes de franqueza brusca y hasta intemperante.

—Amigo Geromo—declaró pausadamente, tendiendo al hijo de Trasvalle un puro, que éste rehusó con un ¡gracias! algo seco—lo que me pides no es fácil, y sobre todo, no es decoroso para mí. Repetir lo que se ha hablado con una señorita, comprenderás que no está bien, ni medio bien. Suponiendo que la señorita de Perrote me hubiese confiado algo, yo no debería contártelo, como hiciera un chismoso. Pero nada me confió. Hemos hablado de cosas sin importancia.

Geromo hizo ademán de levantarse, y lanzó con energía:

—¡No es cierto!

V

A su vez, se alzó el periodista del viejo sillón de gutapercha, y pálido de ira, fulminó sobre Geromo una mirada de desprecio y de odio. Fue la vislumbre de un relámpago, que inmediatamente desapareció para dar lugar a una apariencia

de calma y de reserva glacial, como si el mentís quedase olvidado. Geromo permanecía en la misma actitud, crispado y amenazador.

—Mira, Geromo—habló por fin, lentamente, el periodista—tengamos la fiesta en paz. Tú no puedes obligarme a hacer una cosa que no me parece propia de un caballero. No se trate más del asunto, ¿eh? Arregla tus negocios amorosos como te parezca, que yo en ellos no tengo que ver.

El mozo contemplaba fijamente a don Nazario, y un mundo de pensamientos enfurecedores cruzaba por su mente. Contenía un impulso violento de abofetear la cara, algo fatigada, pero interesante e inteligente y hasta varonil, con sus kaiserianos bigotes, del periodista; un resto de cautela le contuvo. Fruncido el ceño y apretados los dientes, los separó un tanto y dejó escapar un torvo:

—Corriente. Hasta mañana, señor del Camino.

Salió tropezando con muebles y paredes, pues iba lo que se dice ebrio de enojo, y emprendió el rumbo de su casa. En la situación moral en que se encontraba, necesitaba un amigo, y por instinto le buscaba en su padre. Este se hallaba ya acostado, leyendo un rotativo, al dulce apaño de las sábanas.

En pocas frases, desahogó su corazón Geromo. Todo iba mal. No había podido establecer contacto con Adelita. Ignoraba qué opinión tendría formada la hija de Perrote de su escapatoria. No sabiendo qué hacer, determinaba escribirla por el correo interior. Pero la carta no llegaría hasta la mañana siguiente. Para salir de su incertidumbre, que le estaba matando, acababa de preguntar a ese guanajo de Camino... No había querido decirle nada.

—¿Y Camino, qué te había de decir?—objetó Trasvalle.—No creo que tu novia le tome a él por confidente...

—¡Está usted equivocado!—prorrumpió Geromo.—Veo que no sabe de la misa la media. Camino y Adelita son muy amigos, mucho; son íntimos.

Y refirió la escena de la galería, aquel coloquio animado, entre el misterio de una semi-oscuridad, y la actiud del periodista, al pedirle Geromo una confidencia.

Trasvalle, incorporado sobre las almohadas, que eran numerosas a causa de los ahogos frecuentes de su asma, se mostraba atónito. Se diría que por primera vez, se le revelaban particularidades hasta entonces no comprendidas.

—Me dejas pasmado. Yo no tenía a Camino por tan allegado a Adelita. Sabía, sí, que a veces iba a merendar a la Repoleira, a la quinta adquirida recientemente por Perrote en un sitio realmente pintoresco, y que va embelleciendo con empeño, habiéndole cambiado el nombre por el de Villa Adelita. Pero me figuraba que con quien se comunicaba era con el padre, por ciertas cosas... en fin... ¡Perrote necesita, hoy por hoy, apoyo en la prensa!

—Papá, veo que no vive usted en el mundo. Yo no estuve sino media hora escasa en el Círculo de la Amistad, antes de bajar a la Mayor, y supe bastante. Me dieron broma, diciéndome que llegaba a tiempo, porque no faltaba quien me rondase la niña. No nombraron, pero juraría que de don Nazario se trataba. De fijo que tú estás en ayunas de esto y de todo.

—No creas—articuló Trasvalle que reflexionaba—algunas veces, he tenido mis barruntos. Sí, sí: me cruzó por la imaginación. Me cruzaba ya cuando tenían la tienda en San Efrén, y don Nazario hacía frecuentes visitas al mostrador, y charlaba con la chica. Pero empezó a tratarles tan mal, a la hija lo mismo que al padre, en sus conversaciones conmigo, a ponerla tan en evidencia... que la idea se fué.

—Papá, es usted muy inocente. El hablar mal de una mujer, sin motivo, he leído que puede ser señal de andar tras ella. El amor se disfraza de antipatía. Ese Nazario es muy zorro, muy hipócrita. Usted no le conoce bien, por lo visto. Otra conversación oí en el Círculo, que me lo hizo ver. He de enterarme mejor, porque hablaban así como a medias palabras Norberto Reguenga y el dueño de la fábrica de abonos minerales, para quien traigo una carta de mi hermano, por cierto. Me pareció comprender que don Nazario está, en el fondo, de acuerdo

con ciertos elementos levantiscos, a quienes aparenta combatir, y que a esos elementos los maneja a su gusto, y como Perrote está amenazado por tales elementos, por lo de las subsistencias, halaga a don Nazario, buscando la defensa de su prestigio... Ya vé usted la jugada. Ese hombre es un vivo. Pero no ha de reirse de mí.

—No te sulfures, es un consejo que te soy—articuló el padre, incorporándose más en su hacinamiento de almohadas -Fijate en que vienes aquí con una pretensión que, actualmente, es muy exorbitante, o tiene que parecerlo a cuantos se enteren. Tú no has salido de tu esfera modesta, y la muchacha ha subido como un globo. Hoy es el mejor partido que hay aquí: hija única, guapa, con un fortunón... La gente te mirará de reojo, y con pelusa, cuando sepa que esa niña de oro es para ti. Prepárate a muchas embestidas, y no te comprometas con exterioridades y desplantes que sirvan de pretexto a una conjura. Lo de don Nazario haz como si no lo vieses. No te metas con él, que, en efecto, es de cuidado.

—Eso es fácil de decir, papá—murmuró el muchacho—pero muy malo de sufrir lo que pasa con del Camino. No me cabe duda ya de que lleva un fin y corteja a Adelita. Un fin malo, merecedor de un tiro de revólver así, en tal sitio.

Y apoyó el índice de la diestra en el lugar en que las cejas convergen.

—Pero criatura—reprendió don Ramón, entre risueño y enfadado—lo que hace Camino—si es que efectivamente lo hace, que todavía no me parece indiscutible—no requiere tal castigo; si se mira bien, es lo mismo que haces tú: enamorar a Adelita. De modo que...

El mozo, al pronto, no contestó. Diríase que estaba reuniendo coraje, o lidiando con el tropel de sus sentimientos, que querían salir a un tiempo y de un empujón por la boca.

Y al fin, como si reventase la caldera, golpeó el aire con estas palabras:

—¡Pero yo no soy casado!

De la impresión, Trasvalle despidió dos o tres almohadones al suelo, y se irguió como si le moviese un resorte. En su aturdimiento, solo supo proferir:

—¡Casado! ¡Qué estás diciendo!

—Sí tal, sí tal—confirmó el mozo—Allá en Cuba, pero no en ninguna ciudad, sino en el campo. Su mujer es una cuarterona, guapísima. Y tiene dos hijos, y allá están todos, en el bohío, haciendo su vida de pobres cultivadores, mientras él actua de conquistador por aquí. Nadie lo sabe, ni aun entre los amigos que ese individuo dejó en la Habana. La esposa abandonada es una infeliz, que no quiere causar la menor molestia a su marido, y así permanecerá toda la vida. La casualidad me llevó un día por allí, y supe que aquella morenaza que me ofrecía el puchero de café, era la señora de don Nazario. Nada diría yo nunca si él no se atravesase ante mi amor. Se atraviesa, por lo que voy viendo. Me las pagará, como hay Dios.

El padre permanecía aún bajo el peso de la extraña noticia. Confuso, se rascaba la puntiaguda barba todavía castaña y frondosa, y recordaba hechos. Camino, efectivamente, había estado en Cuba algunos años, al frente de un diario que se preciaba de defender los intereses de España, aun cuando malas lenguas insinuaban que estaba subvencionado por los yankis, cosa que nunca se confirmó con pruebas suficientes. Sin saberse porqué, pues en aquel Nazario todo revestía un tinte misterioso, volvió de súbito a su patria, susurrándose que traía un capitalito. Ni en la misma Habana, a nadie se le ocurrió que pudiese haber contraído nupcias; sabíase únicamente que no le desagradaban las mujeres de color, cuando eran hermosas. Ya a su regreso, fué en el pueblo como un solterón más, y nadie tuvo interés en averiguar su historia. A luengas tierras...

—¿Conque, qué me dice del mocito?—interrogó con hiel Geromo.

—¡Es una cosa despampanante! Con todo, hijo mío, te recomiendo la mayor prudencia. Por lo mismo que Camino está casado, no es, no puede ser, un competidor para ti. Ninguna esperanza cabe que tenga respecto a Adelita. Créeme, haz que no ves, haz que no sabes, trata de entenderte con ella, que es lo princi-

pal, y si estáis de acuerdo, lo demás .. patarata. Y debes hacerte presente también al papá, a ver qué puesto es ese que te ofreció.

—Ya pensaba hacerlo mañana, a ver por dónde sale y de qué se trata, porque temo que me coloque en posición inferior.

—¡No es posible!—saltó don Ramón, indignado de antemano.

—¡Bah! ¿Porqué no ha de ser posible? Ya ve usted lo que hizo mi propio hermano! El mundo es una trapisonda. Yo, aunque no soy viejo, estoy ya bastante desengañado. Quiera Dios que dentro de unos días no lo esté más.

—¿Porqué?

—¿Porqué ha de ser? Ella sabe que yo he llegado, y a estas horas ya debiera haberme puesto un billete citándome para un sitio o para otro. No me dá buena espina eso de que se calle.

Y, apretando los puños, pálido de enojo, exclamó:

—Daría diez onzas de mi sangre por saber lo que hablaron ella y el tuno esta noche, en la galería.

—Pues lo mejor es que ahora no pienses en eso y te acuestes, y mañana amanecerá Dios. Debes de estar rendido.

—Rendido, no. Nervioso. ¡Estos nervios malditos! Bien, me iré a la cama, porque así como así, le estoy dando a usted una mala noche. Pero mañana, juro que se desenredará esta madeja, y sabré para qué he venido yo aquí. Y que no me quieran burlar, que no he de consentirlo.

El padre, por toda respuesta, le alargó una cajita que tenía en la mesita de noche.

—Toma uno de esos comprimidos, y dormirás tranquilamente.

Hizo el muchacho un desdeñoso movimiento de hombros, y salió, hosco y silencioso.

VI

O por virtud del comprimido, o por esfuerzo poderoso de la voluntad, Geromo pasó la noche, sino dormido, adormilado, y serían las once de la mañana cuando bajó la escalera, dominada la nerviosidad, al menos aparentemente, acicalado y vestido lo mejor posible, aunque siempre con esa nota indefinible de mal gusto que parece perseguir a los que trabajan para ganarse una fortuna más allá de los mares. Teniendo un hermoso pelo, el peinado era chabacano, y algunas joyas de escaso valor, sortijas y cadena ridiculizaban su atavío. Era sin duda un guapo muchacho, pero necesitaba el especial pulimento que dá la vida social y también, triste es decirlo, la ociosidad, que permite atender a las exterioridades.

Se encaminó derecho al escritorio de Perrote, que estaba en el piso bajo de la misma casa donde éste vivía, y, cuando iba a cruzar la puerta que comunicaba con las oficinas, vió parado ante la principal una elegante *limousine*, vacía, pero ya trepidante para arrancar. El corazón se le salía. Era el automóvil de Adelita, que iba, sin duda, a montar en él. Se detuvo, aguardando. La espera no fué larga. Un deslumbramiento le acometió al divisar a la muchacha en el marco de la puerta, vestida con sencillez, envuelta en un velito de gasa la graciosa toca con alas de pájaro que hacía como un revolido alborotado sobre el pelo y la frente. Iba a gritar: «Adela, Adela» pero, de un salto, la hija de Perrote cayó dentro del auto, y la orden debía de estar dada ya, porque el coche, preparado desde antes, salió como una flecha hacia la carretera de la estación. Geromo no sabía lo que le pasaba; le parecía que Adelita le había visto y huía de él. La idea se le clavó entre las cejas, como un tiro, y por un instante quiso arrojarse al suelo y gritar, emprenderla a golpes con la puerta, realizar algún acto de violencia análogo. Horrible esfuerzo le permitió vencer aquel desate de nervios insubordinados. Y, tambaleándose, entró en el escritorio, y se dirigió al despacho de Perrote, empujando una mampara que hacía sonar una campanilla eléctrica. Un hombre de es-

casa estatura, de tez vinosa, de corto cuello, de ojos escrudiñadores y sagaces, alzó la cabeza e hizo un gesto de vaga y fría cordialidad.

—¡Hola!—dijo calmosamente.—¿Eres tú, Geromo? Me alegro de verte, hombre. ¿Qué tal te ha ido por allá? Yo tengo mis noticias y sé que tu hermano no se ha portado contigo muy bien. ¡Cosas de la vida! Ahora, a trabajar tú, por tu cuenta... Es decir, por la de mi casa.

—Señor Perrote—pudo al fin articular el muchacho—espero que usted me explique cuál ha sido su propósito al llamarme.

—¿Llamarte?—repitió con asomos de desconfianza Perrote.—No, en realidad yo no te llamé. Sabía eso de tu hermano, y te indiqué que en mi casa podrías encontrar colocación, puesto que de todos modos con Carlos habías de rifar ¿no es eso? dada la manera que tenía de tratarte. Así es que, si quieres, te emplearé primero en la oficina, y después harás por mi cuenta algún viajecillo. Me dirás si te conviene o no, porque necesito personal, y si no eres tú, otro habrá de ocupar el puesto que te destinaba.

Por segunda vez, en cortos instantes, Geromo se sintió poseído de un furor interno, desatentado, que le arrastraba como una ola gigantesca arrastra al bañista. Le entraron tentaciones de lanzar a la cara de Perrote el tintero. Vió de realce lo que antes ni imaginar podía; que allá bajo otro cielo, que aquí le esperaban el amor y la consideración, solo le aguardaban decepciones profundas, siendo tan imposible reunir el ayer con el hoy, como resucitar a un muerto. Todo el luminoso ayer volvió a aparecérsele, en un minuto. Cierto que aquel mismo Perrote, que ahora le ofrecía una plaza secundaria, le había desdeñado ya, antes de su marcha a Cuba, y hablado de él en infamantes términos, pero entonces era al novio furtivo de su hija a quien desdeñaba; y ahora era al hombre, al trabajador honrado y asiduo, el que podía prometerse llegar también algún día a conquistar una posición propia, a quien brindaba, como un favor, un asiento en su escritorio, un lugar subalterno. Y se veía humillado ante Adela, convertido en dependiente de su padre, una especie de servidor .. ¡Por eso, sin duda, la muchacha no había querido ni pararse a saludarle! ¡Estaba en el polvo, en la última fila; la distancia se había caracterizado con tal fuerza, que si la gente se enteraba de sus pretensiones, el comentario serían afrentosas carcajadas!

Todo esto se le vino a las mientes, en el corto espacio que permaneció mudo. Los ojos pequeños y vivarachos de Perrote le registraban el alma, y se la veían, era indudable que se la veían en carne viva, sin velos, al menos él lo suponía así. Sintió que era preciso responder, decir algo.

—Yo imaginaba otra cosa, muy diferente, don Anselmo... Entendía que, por varios motivos, usted me llamaba para tenderme la mano, para abrirme horizontes, para darme vuelos. No tendría nada de particular que usted lo hiciese, porque desde la niñez me conoce y ha sido amigo de mi padre. No puedo ser para usted un extraño, un cualquiera, el primero que llega. No, don Anselmo, soy... algo muy distinto, ¿no es verdad?—recalcó con intención.

Perrote sonreía de un modo entre irónico y duro.

—Según eso ¿vienes a reclamar derechos?—protestó—Ya que te colocas en ese pie, he de decirte que, a mi ver, no tienes ninguno, y hasta habría bastantes motivos para que yo no quisiese verte delante de mí. Tuviste, en otros días, el atrevimiento...

Geromo palideció, y sus rasgadas pupilas despidieron una luz iracunda.

—¿Atrevimiento, señor? ¿Atrevimiento ha dicho? ¿Porqué le llama atrevimiento?. Su hija me quería; ¿comprende? Yo la quería a ella...

Se puso azulado, congestionado, el semblante de Perrote. Se alzó de su silla giratoria reluciente de barniz, y dió dos pasos desiguales, mirando hacia la oficina, separada de su despacho por una división entablada y que no llegaba al techo. Se tranquilizó: no estaba allí más que Zurita, el cajero, algo sordo y atento solo a sus números, a sus asientos. Entonces Perrote con el aire más altanero que pudo, replicó;

—No tomes a mi hija en boca. Comprende que eso no puede ser grato para mí. Y comprende también que esos serían devaneos de la primera edad, cosas de chiquillos. Mi hija no piensa en eso, sabe Dios desde cuando, tú tampoco debes pensar, porque a nada te conduciría, te lo digo en tiempo oportuno.

Tembloroso, Geromo tartamudeó un instante, sin poder encontrar palabras adecuadas a la ocasión. Dijérase que súbitamente había perdido la memoria y hasta la convicción de la justicia de su causa. Por fin rompió, y las palabras fluyeron, convincentes, terribles.

—¿Qué no piensa en mí su hija, tiempo hace? Ese tiempo será el que media entre mi viaje y mi llegada aquí. El día antes de embarcarme, aun recibí carta suya. ¿La quiere usted ver? No se separan de mí las que me dirigió.

Sacó la cartera, y se disponía a abrirla, para atestiguar; pero el millonario extendió una mano rechoncha y velluda, delatadora de los orígenes, y rechazó la exhibición.

—No, no hace falta que me enseñes nada, chico. Será así: lo que te aseguro es que mi hija no desea, vamos, formalizar esas relaciones. Todavía esta mañana se lo pregunté, y me dijo que no rotundamente. Que eran cosa fútil y acabada.

—¿Qué significa entonces esta correspondencia?—fulminó Geromo.—¿No vé la ofensa que hace a la señorita de Perrote, al creer que sus cartas de amor no tienen por fin el matrimonio?

—Mientras no está el matrimonio realizado, hombre, puede cambiar el corazón y el intento. No tiene eso nada de particular, ni de censurable. Antes de dar un paso tan grave como un compromiso matrimonial, mi hija habrá reflexionado. Lo positivo es que hoy no quiere saber nada de ti.

Geromo vibraba, se extremecía de pies a cabeza, se contraían sus párpados y sus labios, como sujetos a corrientes eléctricas repetidas.

—Será como usted asegura—murmuró en voz sombría y ronca—; pero no extrañe usted que quiera oir eso de la misma boca de su hija.

Perrote estaba al quite.

—Lo veo difícil, al menos en algunos días, porque creo que proyecta un viajecillo...

El mozo lanzó al negociante una mirada feroz, amenazadora.

—¡Ah!—respiró—¿Esas tenemos? ¿Se la lleva usted de aquí, para que yo no la vea? ¡Pues por la gloria de mi madre, que eso no será así! Si ella misma me rechaza, me conformaré a su voluntad; pero como imposición de usted, no ha de valerle, porque llévela a donde la lleve, yo tras ella me voy. Téngalo por cierto. Y no me llame *atrevido*. Quise a su hija cuando usted era bien poca cosa, un tenderillo de mala muerte, con quien nadie se quería rozar. Y ahora, que usted ha granjeado millones, según dicen... es casi lo mismo. Parece que nadie se quiere rozar con usted tampoco. Yo seré un infeliz, pero mi padre es persona honrada, y nadie nos ha puesto tacha ni a él ni a mí. No me vuelva a decir que hay en mi conducta atrevimiento alguno, porque no lo sufriré, ea. ¡Se acabó!

A pesar de su torpeza, conoció Perrote que había ido más allá del límite. Era mejor amansar aquella fierecilla. Se atropelló en explicaciones.

—No intenté decir nada ofensivo. Si Adelita estuviese por ti, yo no le pondría obstáculos. Lo que supongo es que ella. .

—Eso lo vamos a ver muy pronto. ¿Dónde está en este momento la señorita de Perrote?

—Debe de estar—afirmó con el mayor aplomo el padre—camino de Estela, porque ha salido ahora en el auto, con propósito de dormir hoy allí.

Plantado, ceñudo, Geromo reflexionaba. ¡Camino de Estela! ¡Cosa increible! Por muy independiente que fueran sus costumbres, irse una señorita a una ciudad algo distante, sola, y ¿con qué objetivo? No; Perrote no le decía la verdad.

Una idea le cruzó por el magín. Era desatinada, en apariencia, y no obstante no pudo desecharla. Se despidió en seco de Perrote. Como el día anterior, fué a

la redacción del *Puerto*. No había más que un mozo en el periódico de la noche. Le interrogó bruscamente, deslizándole un duro en la mano.

—No se habrá levantado aún. Almuerza muy tarde.

—Y después de amorzar, ¿dónde podré verle?

—Ahora sale al campo casi todos los días. Va a esa casa ¿no sabe? que le llaman la Repoleira... Que es del señor Perrote. Pasada la cuesta de las Abellas...

VII

La tarde era espléndidamente serena y dulce. Según avanzaba Geromo por la carretera que conduce a la aldeita, a pesar suyo, distraído unos momentos de sus cavilaciones airadas, se le entraba por los ojos el divino cuadro: la ría encerrada entre sus blancos playales, de un azul más oscuro que el del cielo, en la calma infinita de un día de invierno de los que en aquella región suelen superar en reposo y transparencia cristalina a los mejores del verano. Y, orlando la carretera, las casitas de pintoresca traza, cobijadas entre sus jardines, rebasando de las tapias el ramaje de las arancasias rígidas y de los lustrosos camelios, ya en flor. De tiempo en tiempo, se cruzaba con la cesta que conducía a Geromo una peste de bencina y un remolino polvoriento: eran automóviles, llevando a sus dueños a alguna de las innumerables villas, chalets y *pazos* más o menos auténticos que se alzan en aquellos contornos. Pasaba también, lento y artístico, un carro del país, con la nota cobriza de sus corpulentos bueyes rojos. Mujeres cabalgando borriquillos cargados de fardos de ropa blanca, iban en sentido contrario a Geromo: llevaban su trabajo de lavanderas a la ciudad.

El hijo de Trasvalle, al llegar a un sitio conocido, una taberna con amplio cobertizo que servía de cuadra, mandó que parase allí su cochecillo, y dando un par de pesetas al cochero para que «refrescase» esperándole, y encargándole que no se preocupase si tardaba algo en volver, tomó a pie por otro ramal de carretera, que se apartaba de la ría, y se enhebraba entre pinos, mezclados con enhiestos eucaliptos cuyo aroma balsámico se percibía desde lejos. Cosa de medio kilómetro andaría Geromo, cuando divisó las tapias de una posesión, nueva y coquetona. Lo nuevo allí eran las tapias y el edificio, de mediano gusto, en cuyas paredes alternaba el rojo del ladrillo con lo blancuzco del cemento; pero el arbolado sin duda era antiguo, y muy numoroso, con esa indefinible majestad de los vegetales excelsos que han visto correr más de un siglo, y desdeñan las agitaciones humanas. Geraneos rosa enramaban la verja, y la coronaban con sus ramilletitos. Al través, se entreveía un lindo parque, con canastillas caprichosas, trazadas y esmaltadas por algún diestro mosaicultor; y el olor fragante de las rosas que en tal mes remontan aún, llegaba hasta las narices dilatadas del enamorado. Sintió como un vértigo: había visto un grupo, una mujer y un hombre, que pasaron, hablando íntimamente, muy juntas las cabezas. Eran Nazario y Adelita.

Se apartó de la verja, aterrado de que pudiesen sorprenderle así, como en espionaje, y maquinalmente, a paso tácito, rodeó la tapia. No habría andado cien pasos, cuando reprimió un grito de sorpresa. La tapia cesaba, y un sencillo seto de evónimus cerraba por allí la finca.

Sin duda había faltado tiempo para cercarlo todo, y, en aquel país de seguridad en que toda delincuencia eran hurtos menudos, se había creido suficiente tan ligera defensa. Ligera y todo, Geromo la contemplaba con una especie de supersticioso respeto. Aquella leve pared de follaje era lo que tal vez le separaba de un crimen, de un atentado brutal. Porque las manos le hervían hormigueando por apretar algún pescuezo, y anhelaba sentir desvanecerse una vida entre sus engarrotados dedos vengadores.

Lo que ayer aun no pasaba de sospecha vehemente, se le antojaba ahora certidumbre. ¡Nazario y Adelita.....! ¡Infames, infames! ¡Infame sobre todo él, que sabía...!

Paralizado, permanecía ante el seto, sin resolverse a cosa alguna. Y su incer-

tidumbre se hubiese prolongado más, si no empezase a asomar la noche incitadora de toda osadía. Con poética suavidad declinaba el astro, y enfrente, la luna semejaba leve restregadura de luz pálida, sobre el límpido firmamento. Sin esperar más, el muchacho se dicidió. No era necesario ni saltar: desviando con fuerza la rama de los arbustos, pasó al través, y cayó sobre un macizo de plantas, que amortiguó el ruído de su paso. Trató de orientarse. ¿Hacia dónde se dirigiría? Sin ser desmedidamente extensa, la posesión era espaciosa. Se guió por la casa, cuyo tejado puntiagudo se divisaba fácilmente. Guiarse, bueno; pero acercarse, era muy peligroso. Aun cuando no parecía haber perros de guarda, podía haber gente, un hortelano, un jornalero, un criado, ¿quién sabe? Anduvo sigilosamente. Sentía la impresión del rocío nocturno, que empezaba a caer. Y, cuando le distraía esta sensación tan natural, un cuchicheo apagado le heló la sangre. Hablaban, y hablaban cerca. Por las voces se dirigió: sonaban detrás de un jardinete, en que descollaban altos y lozanos árboles de camelias.

Las flores blancas o rojas se destacaban entre el oscuro follaje, y detrás de los arbustos, renonoció Geromo que había allí un cenador a la antigua, tupido de madreselva, muy humbroso, del cual salía el apagado cuchicheo. Recatadamente, se aproximó y pegó el oído a la pared de ramaje. Hablaban tan despacio que aun así perdía gran parte del diálogo; no obstante, llegaban hasta él exclamaciones y aun frases enteras. Poco a poco, envalentonados, alzaron algo el diapasón, en el apasionamiento cada vez mayor de la plática. Geromo bebía, como se bebe una ponzoña que causa delirio, aquella conversación infernal. Cada palabra era un botón de fuego...

—¿Qué te importa?—repetía Nazario.—¿Qué te importa, si eres feliz? ¿No me lo acabas de contar?.. Ahora que has visto claro... ¿No te lo decía yo? Tú misma no sabías...

Ella contestó algo con voz tan tenue, que no logró el espía oir nada.

—Y si fuese eso, ¿qué? De algo ha de servirte la fortuna de tu padre. Las riquezas son para eso: para que nadie se nos interponga. Por encima de los demás, está siempre el que dispone de esa fuerza. Ya sabes que te lo he dicho. No faltaría otra cosa, sino que cuatro chismosos y chismosas del pueblo estorbasen nuestra dicha. ¿Qué objeto tiene el vivir, sino disfrutar de lo que soñamos?

Tampoco esta vez se oyó la respuesta de la hija de Perrote, sino segundos después, la nueva réplica del periodista.

—¿Qué he soñado yo? Adela: pues ahora ya no tengo porqué callarlo: he soñado contigo. Desde que eras niña, ¿sabes? Desde que te daba palique en San Efrén. Y tú lo sospechabas, pícara. Te advierto que me fuí de aquí para no pensar más en eso. Me creía viejo para ti...

Una risa azucarada comentó los conceptos, y un ruido ahogado, un apasionado susurro, sonó en los oidos de Geromo con fragor de desencadenada tormenta. Vaciló, como si fuese a caerse, y un estremecimiento, más bien un escalofrío, recorrió su cuerpo.

—Mi gloria,—insistió el periodista—figúrate cómo sería lo que me pasaba, que llegué a pensar que te aborrecía, y dije de tí horrores: que estabas muy mal educada, que no hacías sino tu capricho, que si yo fuese tu padre te sentaría la mano; que eras una coqueta descarada, y otras lindezas... Pégame, amor, dame una bofetadita...

Por primera vez se pudo oir distintamente la voz de la señorita, que repetía:

—Pues toma el befetón. ¡Aguanta!

Riendo, Nazario insistió.

—Bueno, en eso, la razón me sobraba. Hiciste mil tonterías. Has estado escribiendo a un majadero, nasta el propio día en que él se vino a España. Si no es coquetear...

—Déjame de eso— balbuceó ella.—Escribí... no sé... por costumbre. Como creia que él no iba a volver nunca, el escribirle me servía de entretenimiento, porque ya sabes que me aburro bastante, entre horas. Si pensase que podía

plantarse aquí de la noche a la mañana, le hubiese dicho que no lo hiciese... Fueron niñerías, esas cosas de que, por dentro, ni uno se entera. Esto es distinto... Por encima de todo y de todos... Ya lo he resuelto. Si hay un obstáculo, es para los débiles; yo obstáculos no los conozco, sabes. No te muevas, déjame un momento así, recostada... ¡Cómo has sabido apoderarte de mí!

Se había hecho completamente de noche. Un soplo glacial envolvía a la naturaleza. Todas las sensaciones de Geromo habían venido a resumirse en una sola: frío, frío, frío, que le penetraba hasta los huesos. Notó con instintivo terror que sus dientes castañeteaban, y comprendió en medio de su abismamiento, que el ruidillo pudiera delatarle. Por fortuna o por casualidad, los del cenador se levantaban. Ella, bajo su abrigo de seda guarnecido de piel, notaba, más que estremecimiento de la baja temperatura, la humedad llorona del fino orvallo; él tampoco hubiese desdeñado una chimenea de leña, o estufa de carbón. Como el celoso, tenían frío... pero frío superficial, que les divertía.

—Voy a mandar que avisen a Gerardo... Que saque el coche...

Geromo no se movió. Sus piernas vacilaban, como si repentina parálisis se las sujetase al suelo. Hubiese jurado que una campana, muy grave y de sonido muy hondo, doblaba cerca de sus oídos. No discurría, no pensaba sobre nada de lo que acababa de sorprender. Casi se dijera que no lo recordaba. El sufrimiento era más bien físico, y se sentía tan anonadado, que no hubiese sido capaz de levantar el brazo para dar a Camino un empellón. No; no era ni capaz de vengarse, de castigar aquella maldad tan afrentosa. Por lo menos, no se le ocurría nada que transcendiese a venganza, a desquite de la ofensa, a castigo ejemplar de los culpables. Su conciencia parecía haber naufragado en aquel piélago de vergüenza y de humillación.

Mientras se tambaleaba, oyendo siempre el talán de la campana imaginaria, que tocaba a muerto, un estrépito vino de la carretera. El auto corría veloz, y su bocina desgarraba impíamente el silencio de la majestuosa noche. Llevaba a los malditos en su seno, y la primera señal de reacción que dió Geromo, fué cerrar el puño hacia aquel alboroto, presto desvanecido, perdido en la alta calma de la campiña desierta.

El hijo de Trasvalle, aterido, andando con dificultad, cruzó otra vez el seto, y como si se arrastrase, emprendió la caminata. Los pies se le iban, le faltaba el aliento, y tropezaba a cada paso. Dos veces tuvo que sentarse en los montones de grava que, a un lado y otro de la carretera, esperaban desde tiempo inmemorial la orden de la Diputación para ir a recebar el camino, poco a poco descarnado y lleno de baches. Al cabo consiguió llegar hasta la taberna, donde le aguardaba su cesto. Para dar descanso y un poco de yerba a sus caballejos enanos, el cochero había desenganchado, y sentado a la mesa del figón, se entretenía con una jarra del pifón rosado y flojo de la tierra y un cacho de queso. Según su composición de lugar, el señorito tardaría. Alguna moza de los alrededores podía ser el anzuelo de la excursión...

Se disculpó: Enganchaba volando. ¿A dónde?

Geromo, en débil voz, dió las señas de la casa de su padre. Al pronto no las recordaba. El cochero le miró con cierto recelo.

—Cierra las cortinas, que cae relente...—ordenó.

VIII

Sin fuerzas para desnudarse y acostarse, cayó sobre el raído sofá, y Antoña, que le oyó sollozar desde el pasillo, avisó, alarmada, al padre.

—¡No sé qué tiene el pobriño... Se queja, malpocado!

Corrió Trasvalle, que acababa también de llegar de fuera, preocupado por la extraña ausencia de su hijo, y al ver el estado de Geromo, se dió prisa a tomarle el pulso y a aplicarle la mano a la frente. Esta ardía y el otro saltaba, frecuente e irregular.

—¿Qué te ha pasado, hijo?

—Nada—tranquilizó con voz sorda.—Un enfriamiento, se me figura. He estado tomando el rocío...

—No, dime la verdad... ¿Qué tienes?

Al calor de aquellas manos paternales que estrechaban ardientemente las suyas, al contacto de una simpatía tal cayendo como chorro de miel sobre un espíritu desolado y una sensibilidad magullada, Geromo se enterneció, y tendiendo los brazos, gimió:

—¡Papá! ¡Papá! Soy muy desgraciado. ¡Quisiera morir!

Y la confesión brotó por todos los poros, digámoslo así: y el hipo del llanto confesaba también, contaba la tragedia moral.

Trasvalle oía, agobiado de tristeza unas veces, otras estremecido de indignación furiosa.. Era como si le traicionasen a él mismo, como si el ultraje fuese directamente contra él. ¡El tal Nazario! ¡Bandido igual! ¡Y aquel Perrote, aquel tonto de circo, abandonar así a su hija, dejarla en tal libertad escandalosa, exponerla a todo lo malo, entregarla al primer sinvergüenza que pasase!

A estos comentarios, pareció reanimarse un tanto el abatido joven. Pidió una taza de café, pero el padre le preparó una de tila, apremiando en la cocina a Antoña para que hirviese pronto el agua. La infusión calmó algo al triste amador y recobró alguna fuerza. Una arruga de cólera frunció siniestramente su negro entrecejo. Se alzó, y paseando por la habitación como una fiera en su jaula, exclamó con energía:

—He perdido mis ilusiones, todo... pero no ha de quedarse riendo ese malvado. ¡Ah! ¡Por quien soy, que eso no sucederá!

Don Ramón, suplicante le aplacaba.

—Reflexiona, hijo... Es mejor despreciar... No vayas a tener un lance serio..; Nazario es, según fama, un regular espadachín...

—Nazario es un cobarde, padre... No le tengo miedo. Pero no he pensado en provocarle, ni cosa que lo valga. No es cosa de eso, a menos que él... No necesito, para aplastar a ese bicharraco, más que dos renglones dirigidos a don Anselmo, enterándole de la verdad. A ella no quiero hablarla, no, porque la insultaría, y me pondría al nivel de ese rufián miserable. Dame papel, tinta y pluma. Hoy mismo, hoy mismo llevarán mi carta. Y no será un vil anónimo; tendrá mi firma, con todas sus letras, porque quien no engaña ni miente, no tiene nada que temer.

Sacudía Trasvalle la cabeza, y alargaba la mano como pidiendo un poco de espera, un poco de reflexión.

—Ya ves, hijo, pienso como tú, que ese tío es un malvado... Pero al mismo tiempo, no puedo menos de decirte que lo mejor para ti sería volverte a Cuba, a tu trabajo, esperando lo que sobrevendrá. Este es un pleito fallado, la chica de Perrote no puede ya ser para tí nada: ¿qué te importa lo que la suceda? ¿Quiso enredarse con del Camino? Pues peor para ella, peor: a tí ya nada de eso te alcanza, ni te afecta, bien considerado, en lo más mínimo. Eres joven y simpático; no faltará una mujer decente que te quiera. Manda a paseo lo demás. No eres su padre, ni su hermano, ni, gracias a Dios, su marido. Agua que no has de beber...

—Padre—articuló resueltamente Geromo—no se canse en aconsejarme lo que no haré. Desde mitad del Oceano me volveria aqui para vengarme. Camino sabia todo, y ha sido conmigo un traidor. Vengan ese papel y esa pluma... Digo, pluma no, tengo la mia estilográfica...

Con desasentado pulso, escribió pocos renglones, y puso el sobre. Llamó a Antoña y mandó llevar la carta a casa del señor de Perrote. De súbito, enmendándose, detuvo a la mensajera. Recogió la misiva la hizo pedazos, y trazó otra, calculando las palabras, que hiciesen pupa. «No quiere usted para su hija pretendientes solteros. Prefiere los casados... Pregunte a Adelita lo que pasó hoy en el cenador de madreselva»... Firmó, tomó el sombrero. El mismo la llevaría.

—No salgas, hijo, que hace frio, y tú tienes calentura!—suplicó don Ramón, Al ver que su hijo no le hacía caso, exclamó:

—Te acompaño, aguarda...

No aguardaba. Iba disparado. a trancos, lo mismo por las escaleras que por la costanera calle. Al pobre asmático que le seguía trabajosamente, le empezaba a faltar el aliento.

No pudo alcanzar al muchacho hasta que, en la Mayor, el gentío agolpado de todas las noches le cortó el paso, igual que a su hijo. Emparejó con él, sin cesar de murmurar:

—Prudencia, Geromín... Prudencia...

No le oía. Para oir estaba él. Corraba la muchedumbre con su cuerpo, como un bote las olas con su proa. Algunas exclamaciones, entre picarescas y agresivas, de artesanitas y modistillas pudieron resonar en sus oidos; pero no las escuchaba siquiera. Al llegar ante la casa de Perrote, se paró en seco. Un obstáculo inesperado le detenía. Era un poco tarde, y la puerta se hallaba cerrada. ¿A quien entregar la carta? Ante este inconveniente mínimo, una rabia feroz le asaltó. Empezaba a patear la puerta, cuando un brazo se agarró al suyo vigorosamente.

—Vente, Geromín... Ahora mismo...

Forcejeaba el muchacho, queriendo desasirse. Sordamente, rugía. Una espuma asomaba a sus labios, un extravío a sus ojos. El padre apretaba más la tenaza, para contenerle. Geromo jugaba los pies contra la puerta silenciosa. Su mirada se alzó hacia el cierre de cristales. La ligera claridad del traje blanco le hirió las pupilas. Adelita estaba allí, y acaso a su lado... Con un esfuerzo terrible pudo Geromo desatar su lengua, y vocablos groseros iban a rasgar el aire, si don Ramón no cerrase la boca de su hijo con la mano, al mismo tiempo que, prevaleciendo en la lucha, conseguía arrastrarle consigo, sacarle de aquella puerta condenada, que tenía la virtud de volverle loco. De pronto, un gemido sofocado de dolor se exhaló del pecho de Trasvalle. Al resistirse, su hijo le había mordido los dedos con furia. Y casi al tiempo que notaba Trasvalle la mordedura, vió que el desdichado mozo pesaba, se desplomaba. Caido ya al suelo, se cuajó a su alrededor la multitud.

—¿Qué ha sido?

—¿Una riña?

—¿Le ha dado algo?

—A ver, entrarle en la farmacia...

Fué esta opinión la que se impuso. Trasvalle alzó a su hijo por los sobacos, y los auxiliares espontáneos por los pies. Ya en la farmacia, le sentaron en una silla. Pero se agitaba, lanzaba las piernas como resortes, y nadie se atrevía a aproximarse. El dependiente de la farmacia dijo con laconismo.

—Ataque epiléctico.

—Un médico, un médico... Acabo de ver pasar a don Desiderio... Estará a dos pasos... Voy por él... repetían los auxiliares espontáneos.

Cuando llegó el hombre de ciencia, Geromo ya no se deshacía en contorsiones; estaba privado de sentido.

—Tiene calentura muy alta. Que se acueste... Y pronto...

Trasvalle, más pálido que un muerto, dispuso que trajesen un coche, pues evidentemente no podía el muchacho ir por su pie hasta casa. Entre tanto le echaron en un sofá de paja, en la rebotica. Un chiquillo como de unos doce años, de esos que en todo se meten y de todo se enteran, se acercó a Trasvalle.

—Don Ramón, su hijo cuando cayó tenía en la mano esto.

Trasvalle recogió la carta y tendió ávidamente la diestra, haciéndola desaparecer en el bolsillo de su americana, ¡Fuera bueno que la hubiese encontrado alguien que la leyese! Dió una pesetilla al chicuelo.

—Gracias, Larafuzas—murmuró llamando al pilluelo por su apodo, por el cual todos le conocían.

Trabajosamente, medio arrastras, sacaron a Geromo para llevarle hasta el coche. Trasvalle sentía como si el mundo se le hubiese venido encima. La vergüenza, que indudablemente no molestaba a Adelita, por su frescura, a Nazario, por su cinismo, a Perrote, por su estupidez en todo lo que no fuese ganar plata, caía sobre él, sobre el hombre honrado y sobre el muchacho infeliz, con peso aterrador. Confinado Trasvalle en aquella ciudad toda su vida, solo la opinión de sus moradores le parecía que mereciese tomarse en cuenta. Y el gordo escándalo le aterraba, era definitiva desventura y deshonra. Capaz sería la gente de echarle a su Geromín toda la culpa; capaz de hacer recaer sobre los dos, padre e hijo, aquel baldón. Y ante la hipótesis, se le ocurría, también a él, hacer una barbaridad... ¿Iban a quedarse así las cosas? Al retroceder para salir a la plazuelita donde les aguardaba el coche, los ojos de Trasvalle, como atraídos por un imán, a su vez se fijaron en la fachada de la casa de Perrote. Un escalofrío de furor le estremeció. Detrás de los cristales del cierre, acababa de divisar la blanca niebla del traje, el reflejo lunar del rostro, y otra mancha, otra cara... ¡por vida!

No, no se quedarían haciendo burla... Deslizó la mano en el bolsillo, sacó el sobre, y después de alguna vacilación, llamó al pilluelo.

—¿Puedes entregar esta carta al señor de Perrote? ¿Sabes donde está?

—Sí, señor, sé... Se está en el círculo.

VIII

El opulento negociante se quedó como aquel a quien se le cae encima una teja, y le da en la misma mitad del cráneo. Jamás había cruzado por su mente la idea de que su hija... ¡Y qué manera de decírselo! Brutal, contundente... ¡Su hija, con un hombre casado! Podía muy bien ser envidia, ser un rasgo de despecho del desairado novio... A ver, que llamen a la señorita...

Risas burlonas, contestaciones achuladas, desahogos mofadores e iracundos contra los dos Trasvalle—fué lo único que Perrote sacó de Adelita, al pronto. Después, la niña se colocó en otra situación: la de víctima, ofendida, perseguida acosada por todo el mundo.

—Ya estoy cansada de sufrir—tartamudeaba, sobando rabiosamente el pañuelo de encaje, que desgarraban sus pulidas uñas. No tengo porqué aguantar tanto vituperio. Mire usted, que...

No se hartan de hacerle a una desaires, y las señoritas de tres al cuarto, que no tienen si a mano viene con qué poner el puchero a la lumbre y gastan medias de seda, no quieren ni dirigirme la palabra en el Campón... Todo esto lo han armado los envidiosos, contra mí... Ya andaban diciendo que si tengo tanto dinero, que coma dos veces. Hasta los muchachos de viso no me quieren mirar a la cara... Basta de insultos. Esta misma tarde, ¿lo oyes? me voy a Madrid, y de allí a París y a Italia. Quiero salir de este agujero, conocer el mundo... Afloja la bolsa, y hasta la vuelta.

Perrote estuvo para soltar a su hija un bofetón de los del tiempo de San Efrén, tratándola de loca perdida... Pero una idea súbita le detuvo. Si había escándalo, tal vez el plan en apariencia desatinado de Adelita fuese el mejor. Tierra en medio. No ver más, en algunos meses por lo menos, ni a Nazario, ni a los Trasvelles. Tan simple solución parecíale muy feliz. Podrido de dinero, no le asustaba gastar. Daría a su hija lo que ella misma pidiese, como al fin y al cabo venía haciendo desde que era poderoso.

La muchacha soltó la cifra, frescamente.

—Treinta mil duros... por ahora.

Perrote no pestañeó. Abrió el cajón de su pupitre y cubrió el cheque para el Banco de España en Madrid...

—¿Te acompañará Sole?

Al nombre de la vieja criada, Adelita hizo un gesto.

—Papá, nunca sabes lo que te pescas... Sole es un mueble antiguo... En Madrid tomaré una doncella que sepa su oficio a la moderna. Buena falta me hace.

Y, riendo más alto:

—No pongas esa cara de atontado. Ya te escribiré. ¡Ah! Cuando veas a don Ramòn o a su hijo... memorias.

No encontraba el padre palabras, ni dígase la verdad, pensamientos para definir aquella situación. Como su cajero le trajese la nueva de que Geromo Trasvalle, después del alboroto ante la puerta, estaba en la cama con fuerte calentura, envió a saber de él, a ofrecerse. Toda la mañana la pasó inquieto, azorado. A la hora del almuerzo, preguntó por Adela y supo que estaba haciendo preparativos de viaje, y que había querido almorzar en sus habitaciones, poca cosa, un par de huevos, un plato de merienda, una taza de té. Subió y la encontró, en efecto, arreglando sus maletas, de cuero inglés y elegante forma.

—¿Quieres que envíe a Zurita a sacar el billete?

—¿Billete? No me hace falta. Hasta Madrid iré en mi auto.

—¡Sola! ¡Qué desatino! Te acompañará Zurita, o yo, si lo crees preferible.

Adelita respingó, echando lumbre por los garzos ojos.

—Ea, papá, basta de embelecos. Tengo veinticinco años, y quiero libertad, ¿lo entiendes? No necesito escuderos ni guardia civil. Déjame en paz, que será lo mejor que puedas hacer... y lo que más te agradezca. Y vete, que estoy apuradísima con terminar el equipaje...

Fué a las cuatro de la tarde cuando la señorita de Perrote, envuelta en lindo abrigo de paño verde oscuro con cuello y puños de nutria, un velo de gasa esmeralda enrollado alrededor de una flanerita de terciopelo, concedió a su padre un distraido abrazo y bajó la escalera.

A la puerta, donde a pesar de la hora temprana se agolparon unos cuantos fisgones, dió a su mecánico una orden terminante:

—Dormiremos en Lucus...

El magnífico coche salió con elástica viveza y volocidad que acreditaban su marca de primera. No habrían recorrido diez kilómetros, cuando Adelita tocó el timbre eléctrico. El mecánico paró. Era casi anochecido: a ambos lados de la carretera, densos pinares aumentaban la oscuridad. El cielo estaba nublado, y color de tinta, y la luna creciente no esparcia su claridad lechosa. Un bulto se destacó de las sombras del pinar y se acercó al coche, llevando en la mano una maletilla. Adelita, rápida, había abierto la portezuela. El bulto, el hombre, saltó dentro, raudo, se instaló al lado de la señorita. Y ésta, por el tubo acústico, dió la orden:

—A todo motor.. No pares hasta que yo te diga...

Obedeció pasivamente. ¿Qué le iba a él ni le venía?... ¡Pero vamos, que las señoritas!... ¡Hay que ver cómo estan las aristócratas, congrio!

—¡Qué locura! —murmuró ella algo preocupada.

—¡La locura seria no aprovechar la juventud, que se va tan pronto! —declaró él ciñéndola por el talle.

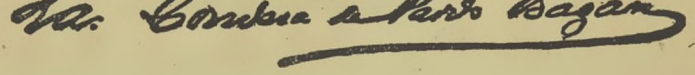
En la vivienda de Trasvalle todo era ahogar pasos, evitar ruidos, establecer ese silencio mullido y compacto que reina en torno de los enfermos graves. Don Ramón, calzadas sus zapatillas más blandas, iba y venia de la alcoba a la cocina, donde Antoña, atareada y lloriqueando bajito, atendía a los pucheretes de infusiones al agua hervida. El médico acababa de salir algo mohino; parecía anunciarse una fiebre nerviosa, de caracteres bastante alarmantes. Cuidado con esto, con lo otro, con lo de más allá. El volveria a las ocho. No olvidarse de los panales de hielo...

El pobre muchacho sufría un comienzo de delirio. Nombraba a todos los seres que habían ejercido acción sobre su espíritu: a Adelita en primer término. A ratos caía en profundo sopor. El padre, sentado en la vieja poltrona de gutapercha, le velaba. Aunque las ventanas estaban entornadas y la habitación oscura, veía lo bastante el empleado para poder leer un periódico local, *El Atlántico,* competidor de *El Puerto* y enemigo de Perrote, al cual había dirigido varias veces sueltos intencionados y envenenadas flechas. En primera plana, con el epígrafe *Ecos de sociedad*, halló Trasvalle la noticia. ¿La noticia? No. Las dos noticias, hábilmente acopladas para que se hiciesen resaltar la una a la otra. La bella señorita de Perrote había salido con dirección a Madrid, en su automóvil, para emprender desde allí un largo viaje al Extranjero, donde la llevaban sus aficiones artísticas. Y más abajo se publicaba que el director de nuestro querido colega *El Puerto*, llamado por asuntos de política y de intereses locales, también se dirigía a Madrid en el tren correo. Y en efecto, Nazario, a vista de todos, en el tren había montado, bajándose en la estación inmediata. A Perrote se le daba la puñalada trapera.

«Háblase mucho de la denuncia que contra uno de nuestros convecinos va a ser presentada por las cuantiosas existencias de materias alimenticias que se supone en su poder. Créese que carece de fundamento»... En diversas formas, el diario venía propalando esta misma especie, a la sordina, pero contundentes réplicas de *El Puerto* le habían contenido. Ahora, ausente Nazario, se veía que la campaña iba a desarrollarse... Trasvalle, conmovido, al leer el suelto notaba la presencia de un pensamiento, que por lo general no se le ocurría, fuerza es confesarlo. ¿En qué pensaba Trasvalle? ¡Ni más ni menos que en Dios! ¡Sí, en Dios! ¡Había Dios, lo había, dijesen lo que dijesen en la Pecera cuatro títeres que se la echaban de ateos! Todo lo que estaba sucediendo era obra de esa justicia que no queremos ver, pero que trasmana de cuanto nos rodea. Perrote iba a ser castigado, no sólo por su inmoralidad, sino por el culpable descuido con que había educado a su hija; a Nazario se le caería la máscara hipócrita y se hundiría en el descrédito definitivo; en cuanto a Adelita..., ¿qué mayor castigo que el suyo? Perdida para siempre la honra, desarraigada del que, después de todo, era su hogar familiar; rechazada por la sociedad, incapacitada para repa rar el daño y la mengua que sobre ella venían... Una queja sorda de Geromo torció el curso de los pensamientos de Trasvalle. ¡La vida de su hijo estaba en peligro!

Los ojos del padre se humedecieron. Dejó el periódico y fué en puntillas a apoyar la palma sobre la abrasada frente del mozo. Y su espíritu se elevó. Oraba sin palabras, fervorosamente... Pedía la salud, la vida para el que no era culpable...

A lo lejos, un ruido desapacible, una voz chillona se alzó. Trasvalle había llevado la jaula del loro a lo más retirado de la casa para que no molestase con su carraqueo. Corrió a imponer silencio al pájaro. Este, sobre una pata, rascándose con la otra, gritaba insistentemente: «¡Adelita!..»



PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 498

Dolor de cabeza neuralgias y jaquecas desaparecen en cinco minutos con la **HEMICRANINA** del **Dr. Caldeiro.** 3 PESETAS. Pidase en farmacias.

MUEBLES
de lujo y económicos.
Sección de alquilar en los pisos entresuelo y principal.
CASA SOTOCA
Echegaray, 8. Toda la casa, próximo a Carrera de San Jerónimo, (antes Hortaleza, 39) Hay guardamuebles.

FARMACIA
de la Viuda de G. LÓPEZ
Plaza de Isabel II, 1.-Madrid

Limpie usted los metales con "AERO" y brillarán más que el oro.

Evita el dolor de muelas
ALCOHOLATO
ELIXIR DENTIFRICO
Perfuma el aliento.
Alcoholera. -- Carmen, 10

PENA COMPRO Y PAGO MÁS QUE NADIE, ALHAJAS Y PAPELETAS DEL MONTE
SAN BERNARDO, 52.—T.º 5196-M

¡EUREKA!
ES EL MEJOR CALZADO
Nicolás M. Rivero, 11
MADRID

VINO DE **PEPTONA ORTEGA**
el mejor tónico y nutritivo

Camisería Ridruejo
Novedades en corbatas cuellos y puños.—Abrigos de señora gran fantasía.-Medias y calcetines. — Géneros de punto.—Pañuelos de seda y algodón.—Canastillos y equipos.
R. Martínez Ridruejo
Fuencarral, 96 y Apodaca, 2
MADRID

Treinta años. A esta edad, si no ha salido, pronto saldrá la primera cana; no debéis descuidaros, usad enseguida el agua **La Flor de Oro,** y evitaréis las canas, la caspa y la caida del cabello, conservándolo abundante y hermoso como en la edad juvenil.---Se vende en las perfumerías y droguerías.

La novela TEATRAL

publicará mañana domingo, la zarzuela en un acto titulada,

LA CANCION DEL OLVIDO

F. Romero y Fernández Shaw

autores del libro, música del maestro

JOSÉ SERRANO **20 cts.**

LA NOVELA TEATRAL

DIRECTOR: JOSÈ DE URQUIA

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL

Galdós.—49. Electra.-53. Doña Perfecta.—56. La loca de la casa.-62. Realidad.-82. La de San Quintín.-**Sor Simona.

Benavente.—9. Todos somos unos.-102. La copa encantada.-107. El marido de su viuda.

Quintero.—66. Doña Clarines.-71. El patio. 75. La escondida senda.-88. El niño prodigio.—**Pepita Reyes.

Guimerá. — 113. María Rosa.--114. Tierra baja.-196. Agua que corre.

Linares Rivas.—16. El cardenal.-99. La cizaña.-101.Bodas de plata.

Martínez Sierra.—29. Primavera en otoño. **El ama de la casa.

Tamayo y Baus.—136. Un drama nuevo.—*La bola de nieve.-*Lances de honor.-149. La locura de amor.-177. Lo positivo.-*Virginia.

Dicenta.—6. El lobo.-14. Sobrevivirse.-24. El señor Feudal. 38 El crimen de ayer.-60. Daniel.-69. Amor de artistas.-77. Aurora.-92. Luciano.**Juan José.

Zorrilla.—188. El alcalde Ronquillo.-130. El zapatero y el rey.-131. Sancho García.-148. El puñal del Godo.-171. La mejor razón la espada.

Villaespesa.—10. El rey Galaor.-23. Abén-Humeya.-37. Doña María de Padilla.—65. La leona de Castilla.-*El Halconero.-**El Alcázar de las perlas.-28. La Gioconda.

Marquina.—154. En Flandes se ha puesto el sol.-182 Doña María la Brava.-201.El Retablo de Agrellano.-*Las hijas del Cid.-195.-El rey trovador.

Ramos Carrión.—84. El noveno mandamiento.-86. La tempestad.-95. La bruja.-155. La muela del juicio.-104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del capitán Grant.-179. Mi cara mitad.-123. Los señoritos.-*La criatura.-90. La Marsellesa.

Vital Aza.—32. Francfort.-33.'La rebotica. 36. Ciencias exactas.-39. La Praviana.-45. Parada y fonda.-50-Tiquis Mjquis.-63 La sala de armas.-157. Las codornices.-137. El sueño dorado.-125. El matrimonio interino.—*Llovido del cielo.-197. El señor cura.-131. El sombrero de copa.-*Con la música a otra parte.—191. El afinador.-200.Perecito.

Ramos Carrión-Vital Aza.—147. El señor gobernador.-119. Zaragüeta.—183. Robo en despoblado.-151. El padrón municipal.-110. El oso muerto.-132. La ocasión la pintan calva.118. El rey que rabió.

Echegaray (Miquel).-44. La viejecita.-50. Gigantes y cabezudos.-76. El dúo de la Africana.-91. La Rabalera.-115. Los demonios en el cuerpo.178 La Credencial.-163 Los Hugonotes.-120.-Entre parientes.-111. El Octavo no mentir.

Arniches-2. La sobrina del cura.11 La casa de Quiros.-19. Las estrellas.-20. Dolorcitos.-21 La señorita de Trévelez.-43.La gentuza.-67. La noche de Reyes.

Arniches-García Alvarez.-15 Alma de Dios 17. El pobre Valbuena.-70 El terrible Pérez -78. El fresco de Goya.-83. El método Górritz. 87. El cuarteto Pons.-97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. El perro chico.-105. Gente menuda.-122. El príncipe Casto.

García Alvarez-Muñoz Seca.-8. El verdugo de Sevilla.-12. Fúcar XXI.-34. La frescura de Lafuente.-51. El último Bravo .-56. Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y Borrego. 73. Trampa y cartón -193. Faustina.

Paso-Abati.- 13. El río de oro.-40. El gran tacaño.-116. La Divina Providencia.-*El infierno.-*Los perros de presa.-*El paraíso.-*La mar salada.-*La bendición de Dios.-*El asombro de Damasco.-*El tren rápido.-*El velón de Lucena.-*Nieves de la Sierra.-*La alegría del vivir.

Perrín-Palacios.-74.La Corte de Faraón.-80. La manta zamorana. 84. Pedro Giménez.-89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.- 109.El Húsar de la Guardia.-142. Enseñanza libre.-*Cinematógrafo Nacional.-*Certamen Nacional.-194. Cuadros disolventes.-150. La tierra del sol.-*Las mujeres de Don Juan.-146. El País de las Hadas.

Torres del Alamo-Asenjo.-22. Serafina la Rubiales.-61. El chico del cafetín.-165. La boda de Cayetana.-176.-La suerte de Salustiano. 161. Los pendientes de la Trini.-7. Charito la Samaritana.-181.-El tenor.

Paradas-Jiménez.-170. La Chicharra.-168 Las Corsarias.-174. La Madrina.-172. El nido del principal.-189. La casa de los milagros.-198. La Canastilla.-185. El primer rorro. - *La suerte perra.

COMEDIAS Y ZARZUELAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatúas.-18. El hombre que asesinó.-25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.—47. Petit-Café.—48. Los Noveleros.—54. La Tizona.—55. Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.-98. La cena de las burlas.—100.—Franz Hallers.-108. La tía de Carlos.—141. La barba de Carrillo.-103. La Tosca -112. Fedora.—121. Los gansos del Capitolio.—129. El director general.—145 El crimen de la calle de Leganitos.-160. La señorita del almacén -117. El oscuro dominio.-156. Lo que ha de ser. 143. El Revisor.-153. La Ciclón.-166. La pesca del millón.-140. Papá Lebonnard.-173. Jettatore.-156. El amor vela.-139. Jarabe de pico.-167. El señor Duque.-169. El Gobernador de Urbequieta. 133. ¡Tocino del cielo!-134. Militares y paisanos.-135. Muérete ¡y verás!-144. Blasco Jimeno.-152 Don Francisco de Quevedo -164. El Ladrón.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-85. La balsa de aceite.-84. El padrino de «El Eene» -96. El señor Joaquín.-79. El niño judío.-127. Tonadillas y tonadilleras españolas.-158. Cantables célebres de zarzuelas españolas.-159. Ninón -162. Pancho Virondo.-175. Chistes célebres de zarzuelas españolas.-180. Situaciones cómicas en el teatro español.-184. La tragedia de Laviñah-192. Los amantes de Teruel.-*El Gavilán.-187. Los amigos del alma.-190. El duelo. 199. Marcela, o ¿A cuál de los tres?

Número atrasado: 10 cts. sobre el precio que marca el ejemplar.